



PERIBAÑEZ
Y EL
COMENDADOR
DE OCAÑA



Lope de Vega

Lope de Vega

Peribañez y el comendador de Ocaña



BajaLibros.com

BajaLibros.com

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las

sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o

procedimiento, comprendidos la fotocopia y el tratamiento informático.

ISBN 978-987-34-0346-0

Publisher: Vi-Da Global S.A.

Copyright: Vi-Da Global S.A.

Domicilio: Costa Rica 5639 (CABA)

CUIT: 30-70827052-7

Lope de Vega

PERIBÁÑEZ Y EL COMENDADOR DE OCAÑA

This edition of the play is intended to be a reliable edition but is, under no circumstances, to be considered as a thorough critical edition complete with variant readings, extensive notes, nor any of the valuable expository discussion that is usually found in such. Those who would like to study the play or to comment on it with greater security than can be claimed for this electronic edition should refer to one of the modern critical editions of the work: the most reliable of these is that prepared by J. M. Ruano de la Haza and J. E. Varey and published in London by Támesis in 1980. This edition should be easily found in any reasonable university library. In it you will also find a bibliography of early editions and manuscripts available for the play, cogent discussion of the work as literature, and a suggestive bibliography of articles about this *comedia*.

Peribáñez has also been the subject of many studies that have been published since this edition was prepared. These items may be identified by reference to the valuable ABibliography on the Comedia@ published each fall in the *Bulletin of the Comediantes*.

Two reasonably reliable translations of this play exist: *Peribáñez* as translated by J. M. Lloyd and published by Ariz and Phillips in Warminster in 1990; and that translated by Walter Starkie and published in *Eight Spanish Plays of the Golden Age*, by Random House in New York in 1964.

Vern G. Williamsen
July 29, 2001

PERIBÁÑEZ Y EL COMENDADOR DE OCAÑA LOPE DE VEGA

Personas que hablan en ella:

INÉS, madrina
COSTANZA, labradora
CASILDA, desposada
PERIBÁÑEZ, novio
BARTOLO, labrador
COMENDADOR
BLAS
MARÍN, lacayo
LUJÁN, lacayo
LEONARDO, criado
El REY Enrique
La REINA
El CONDESTABLE
Un PAJE
Un SECRETARIO
Dos REGIDORES de Toledo
GÓMEZ MANRIQUE
Un CURA, a lo gracioso
GIL
ANTÓN
BENITO
MENDO
LLORENTE
CHAPARRO
HELIPE
BELARDO
Un PINTOR
Los MÚSICOS, de villanos
LABRADORES
SEGADORES
Un CRIADO
ACOMPAÑAMIENTO

ACTO PRIMERO

Boda de villanos. El CURA; INÉS, madrina; COSTANZA, labradora; CASILDA, novia; PERIBÁÑEZ; MÚSICOS, de labradores

INÉS: Largos años os gocéis.
COSTANZA: Si son como yo deseo,
casi inmortales seréis.
CASILDA: Por el de serviros, creo
que merezco que me honréis.
CURA: Aunque no parecen mal, son excusadas razones para
cumplimiento igual, ni puede haber bendiciones que
igualen con el misal.
Hartas os dije; no queda cosa que deciros pueda el más
deudo, el más amigo.
INÉS: Señor doctor, yo no digo más de que bien les suceda.
CURA: Espérolo en Dios, que ayuda a la gente virtuosa. Mi
sobrina es muy sesuda.
PERIBÁÑEZ: Sólo con no ser celosa saca este pleito de duda
CASILDA: No me deis vos ocasión, que en mi vida tendré celos.
PERIBÁÑEZ: Por mí no sabréis qué son.
INÉS: Dicen que al amor los cielos le dieron esta pensión.
CURA: Sentaos, y alegrad el día en que sois uno los dos.
PERIBÁÑEZ: Yo tengo harta alegría en ver que me ha dado Dios tan
hermosa compañía.

CURA: Bien es que a Dios se atribuya, que en el reino de Toledo no hay cara como la suya.

CASILDA: Si con amor pagar puedo, esposo, la afición tuya, de lo que debiendo quedas me estás en obligación.

PERIBÁÑEZ: Casilda, mientras no puedas excederme en afición, no con palabras me excedas.
Toda esta villa de Ocaña poner quisiera a tus pies, y aun todo aquello que baña Tajo hasta ser portugués, entrando en el mar de España.
El olivar más cargado de aceitunas me parece menos hermoso, y el prado que por el mayo florece, sólo del alba pisado.
No hay camuesa que se afeite que no te rinda ventaja, ni rubio y dorado aceite conservado en la tinaja que me cause más deleite.
Ni el vino blanco imagino de cuarenta años tan fino como tu boca olorosa, que como al señor la rosa le gñele al villano el vino.
Cepas que en diciembre arranco y en octubre dulce mosto, ni mayo de lluvias franco, ni por los fines de agosto la parva de trigo blanco,
igualan a ver presente en mi casa un bien, que ha sido prevención más excelente para el invierno aterido y para el verano ardiente.
Contigo, Casilda, tengo cuanto puedo dese y sólo el pecho prevengo; en él te he dado lugar, ya que a merecerte vengo.
Vive en él; que si un villano por la paz del alma es rey, que tú eres reina está llano, ya porque es divina ley, y ya por derecho humano.
Reina, pues, que tan dichosa te hará el cielo, dulce esposa, que te diga quien te vea: la ventura de la fea pasóse a Casilda hermosa.

CASILDA: Pues yo ¿cómo te diré lo menos que miro en que lo más del alma fue? Jamás en el baile oí son que me bullese el pie,
que tal placer me causase cuando el tamboril sonase, por más que el tamborilero chñllase con el guarguero y con el palo tocase.
En mañana de San Juan nunca más placer me hicieron la verbena y arrayán, ni los relinchos me dieron el que tus voces me dan.
¿Cuál adufe bien templado, cuál salterio te ha igualado? ¿Cuál pendón de procesión, con sus borlas y cordón, a tu sombrero chapado?
No hay pies con zapatos nuevos como agradan tus amores; eres entre mil mancebos hornazo en Pascua de Flores con sus picos y sus huevos.
Pareces en verde prado toro bravo y rojo echado; pareces camisa nueva, que entre jazmines se lleva en azafate dorado.
Pareces cirio pascual y mazapán de bautismo, con capillo de cendal, y paréceste a ti mismo, porque no tienes igual.

CURA: Ea, bastan los amores, que quieren estos mancebos bailar y ofrecer.

PERIBÁÑEZ: Señores, pues no sois en amor nuevos, perdón.

MÚSICO: Ama hasta que adores.

Canten y danzan

*«Dente parabienes el mayo garrido, los alegres campos, las fuentes y ríos.
Alcen las cabezas los verdes alisos, y con frutos nuevos almendros floridos.
Echen las mañanas, después del rocío, en espadas verdes guarnición de lirios.
Suban los ganados por el monte mismo que cubrió la nieve, a pacer tomillos.»*

Folia

«Y a los nuevos desposados eche Dios su bendición;
parabién les den los prados, pues hoy para en uno son.»

Vuelven a danzar

«Montañas heladas y soberbios riscos, antiguas encinas
y robustos pino dad paso a las aguas en arroyos limpios,
que a los valles bajan de los hielos frí Canten ruseñores, y
con dulces silbos sus amores cuenten a estos verdes
mirtos. Fabriquen las aves con nuevo artificio para sus
hijuelos amorosos nidos.»

Folia

«Y a los nuevos desposados eche Dios su bendición;
parabién les den los prados, pues hoy para en uno son.»

Hagan gran ruido y entre BARTOLO, labrador

CURA: ¿Qué es aquello?
BARTOLO: ¿No lo veis en la grita y el rüido?
CURA: ¿Mas que el novillo han traído?
BARTOLO: ¿Cómo un novillo? Y aun tres.
Pero el tiznado que agora traen del campo, ¡voto al sol,
que tiene brío español! No se ha encintado en una hora.
Dos vueltas ha dado a Bras, que ningún italiano se ha
vido andar tan liviano por la maroma jamás.
A la yegua de Antón Gil, del verde recién sacada, por la
panza desgarrada se le mira el perejil.
No es de burlas, que a Tomás, quitándole los calzones,
no ha quedado en opiniones, aunque no barbe jamás.
El nueso Comendador, señor de Ocaña y su tierra,
bizarro a picarle cierra, más gallardo que un azor.
¡Juro a mí, si no tuviera cintero el novillo!
CURA: ¿Aquí no podrá entrar?
BARTOLO: Antes sí.
CURA: Pues, Pedro, de esa manera,
allá me subo al terrado.
COSTANZA: Dígale alguna oración, que ya ve que no es razón irse,
señor licenciado.
CURA: Pues oración ¿a qué fin?
COSTANZA: ¿A qué fin? De resistillo.
CURA: Engañaste, que hay novillo que no entiende bien latín.

Éntrese

COSTANZA: Al terrado va sin duda. La grita creciendo va.

Voces

INÉS: Todas iremos allá, que, atado, al fin, no se muda.
BARTOLO: Es verdad, que no es posible que más que la sogá alcance.

Vanse, se quedan PERIBÁÑEZ y CASILDA

PERIBÁÑEZ: ¿Tú quieres que intente un lance?
CASILDA: ¡Ay no, mi bien, que es terrible!
PERIBÁÑEZ: Aunque más terrible sea, de los cuernos le asiré, y en
tierra con él daré, por que mi valor se vea.
CASILDA: No conviene a tu decoro el día que te has casado, ni que
un recién desposado se ponga en cuernos de un toro.
PERIBÁÑEZ: Si refranes considero, dos me dan gran pesadumbre;
que a la cárcel, ni aun por lumbre, y de cuernos, ni aun
tintero.
Quiero obedecer.

Ruido dentro

CASILDA: ¡Ay Dios!
¿Qué es esto?

Dentro

¡Que gran desdicha!
CASILDA: Algún mal hizo por dicha.
PERIBÁÑEZ: ¿Cómo, estando aquí los dos?

BARTOLO vuelve

BARTOLO: ¡Oh, que nunca le trujeran, pluguiera al cielo, del soto!
A la fe, que no se alaben de aquesta fiesta los mozos. ¡Oh,
mal hayas, el novillo! ¡Nunca en el abril llovioso halles
yerba en verde prado, más que si fuera en agosto; siempre
te venza el contrario cuando estuvieres celoso, y por los
bosques bramando, halles secos los arroyos; mueras en
manos del vulgo, a pura garrocha, en coso no te mate
caballero con lanza o cuchillo de oro; mal lacayo por
detrás, con el acero mohoso, te haga sentar por fuerza,
y manchar en sangre el polvo!

PERIBÁÑEZ: Repórtate ya, si quieres, y dinos lo que es, Bartolo; que no
maldijera más Zamora a Bellido Dolfos.

BARTOLO: El Comendador de Ocaña, muese señor generoso, en un
bayo que cubrían moscas negras pecho y lomo, mostrando
por un bozal de plata el rostro fogoso, y lavando en blanca
espuma un tafetán verde y rojo, pasaba la calle acaso, y
viendo correr el toro, caló la gorra y sacó de la capa el
brazo airoso. Vibró la vara, y las piernas puso al bayo, que
era un corzo y al batir los acicates, revolviendo el vulgo
loco, trabó la sogá al caballo y cayó en medio de todos. Tan
grande fue la caída, que es el peligro forzoso. Pero ¿qué os
cuento, si aquí le trae la gente en hombros?

Sale el COMENDADOR entre algunos labradores; dos lacayos de librea, MARÍN y LUJÁN, en borceguíes, capa y gorra

SANCHO: Aquí estaba el licenciado y lo podrán absolver.
INÉS: Pienso que se fue a esconder.
PERIBÁÑEZ: Sube, Bartolo, al terrado.
BARTOLO: Voy a buscarle.

Vase

PERIBÁÑEZ: Camina.
LUJÁN: Por silla vamos los dos en que llevarle, si Dios llevarsele
determina.
MARÍN: Vamos, Luján, que sospecho que es muerto el
Comendador.
LUJÁN: El corazón de temor me va saltando en el pecho.

Vanse

CASILDA: Id vos, porque me parece, Pedro, que algo vuelve en sí, y
traed agua.
PERIBÁÑEZ: Si aquí el Comendador muriese, no vivo más en Ocaña.
¡Maldita la fiesta sea!

Vanse todos. Queden CASILDA y el COMENDADOR en una silla, y ella tomándole las manos

CASILDA: ¡Oh qué mal el mal se emplea en quien es la flor de
España!
¡Ah gallardo caballero! ¡Ah valiente lidiador! ¿Sois vos
quien daba temor con ese desnudo acero
a los moros de Granada? ¿Sois vos quien tantos mató?
¡Una sogá derribó a quien no pudo su espada!
Con sogá os hiere la muerte; mas será por ser ladrón de
la gloria y opinión de tanto capitán fuerte.
¡Ah señor Comendador!
COMENDADOR: ¿Quién llama? ¿Quién está aquí?
CASILDA: ¡Albricias, que habló!
COMENDADOR: ¡Ay de mí!
¿Quién eres?
CASILDA: Yo soy, señor.

No os aflijáis, que no estáis donde no os desean más

bien que vos mismo, aunque también quejas, mi señor,
tengáis
de haber corrido aquel toro. Haced cuenta que esta casa
aunque pobre es vuestra hoy...

COMENDADOR: ¡Pasa
todo el humano tesoro!
Estuve muerto en el suelo, y como ya lo creí, cuando los
ojos abrí, pensé que estaba en el cielo.
Desengañadme, por Dios, que es justo pensar que sea
cielo donde un hombre vea que hay ángeles como vos.

CASILDA: Antes por vuestras razones podría yo presumir que
estáis cerca de morir.

COMENDADOR: ¿Cómo?

CASILDA: Porque veis visiones.
Y advierta vueseñoría que, si es agradecimiento de
hallarse en el aposento de esta humilde casa mía,
de hoy solamente lo es.

COMENDADOR: ¿Sois la novia, por ventura?

CASILDA: No por ventura, si dura y crece este mal después,
venido por mi ocasión.

COMENDADOR: ¿Que vos estáis ya casada?

CASILDA: Casada y bien empleada.

COMENDADOR: Pocas hermosas lo son.

CASILDA: Pues por eso he yo tenido la ventura de la fea.

COMENDADOR: (¡Que un tosco villano sea **Aparte**
de esta hermosura marido!)
¿Vuestro nombre?

CASILDA: Con perdón,
Casilda, señor, me nombro.

COMENDADOR: (De ver su traje me asombro **Aparte**
y su rara perfección:
diamante en plomo engastado.) ¡Dichoso el hombre mil
veces a quien tu hermosura ofreces!

CASILDA: No es él el bien empleado;
yo lo soy, Comendador; créalo su señoría.

COMENDADOR: Aun para ser mujer mía tenéis, Casilda, valor.
Dame licencia que pueda regalarte.

Sale PERIBÁÑEZ

PERIBÁÑEZ: No parece el licenciado. Si crece el accidente...

CASILDA: Ahí te queda,
porque ya tiene salud don Fadrique, mi señor.

PERIBÁÑEZ: Albricias te da mi amor.

COMENDADOR: Tal ha sido la virtud
de esta piedra celestial.

Salen MARÍN y LUJÁN, lacayos

MARÍN: Ya dicen que ha vuelto en sí.

LUJÁN: Señor, la silla está aquí.

COMENDADOR: Pues no pase del portal,
que no he menester ponerme en ella.

LUJÁN: ¡Gracias a Dios!

COMENDADOR: Esto que os debo a los dos, si con salud vengo a verme,
satisfaré de manera que conozcáis lo que siento vuestro
buen acogimiento.

PERIBÁÑEZ: Si a vuestra salud pudiera,
señor, ofrecer la mía, no lo dudéis.

COMENDADOR: Yo lo creo.

LUJÁN: ¿Qué sientes?

COMENDADOR: Un gran deseo que cuando entré no tenía.

LUJÁN: No lo entiendo.

COMENDADOR: Importa poco.

LUJÁN: Yo hablo de tu caída.

COMENDADOR: En peligro está mi vida por un pensamiento loco.

Vanse; queden CASILDA y PERIBÁÑEZ

PERIBÁÑEZ: Parece que va mejor.
 CASILDA: Lástima, Pedro, me ha dado.
 PERIBÁÑEZ: Por mal agüero he tomado que caiga el Comendador.
 ¡Mal haya la fiesta, amén, el novillo y quien le ató!
 CASILDA: No es nada, luego me habló. Antes lo tengo por bien,
 por que nos haga favor si ocasión se nos ofrece.
 PERIBÁÑEZ: Casilda, mi amor merece satisfacción de mi amor.
 Ya estamos en nuestra casa, su dueño y mío has de ser;
 ya sabes que la mujer para obedecer se casa,
 que así se lo dijo Dios en el principio del mundo; que en
 eso estriba, me fundo, la paz y el bien de los dos.
 Espero amores de ti que has de hacer gloria mi pena.
 ¿Qué ha de tener para buena una mujer?
 CASILDA: Oye.
 PERIBÁÑEZ: Di.
 CASILDA: Amar y honrar su marido es letra de este abecé, siendo
 buena por la B, que es todo el bien que te pido.
 Haráte cuerda la C, la D dulce, y entendida la E, y la F
 en la vida firme, fuerte y de gran fe.
 La G grave, y para honrada la H, que con la I te hará
 ilustre, si de ti queda mi casa ilustrada.
 Limpia serás por la L, y por la M maestra de tus hijos,
 cual lo muestra quien de sus vicios se duele.
 La N te enseña un no a solicitudes locas, que éste no,
 que aprenden pocas, está en la N y la O.
 La P te hará pensativa,
 la Q bien quista, la R con tal razón que destierre toda
 locura excesiva.
 Solicita te ha de hacer de mi regalo la S, la T tal que no
 pudiese hallarse mejor mujer.
 La V te hará verdadera, la X buena cristiana, letra que
 en la vida humana has de aprender la primera.
 Por la Z has de guardarte de ser zelosa, que es cosa que
 nuestra paz amorosa puede, Casilda, quitarte.
 Aprende este canto llano, que con aquesta cartilla, tú serás
 flor de la villa, y yo el mas noble villano.
 CASILDA: Estudiaré, por servirte, las letras de ese abecé; pero
 dime si podré otro, mi Pedro, decirte,
 si no es acaso licencia.
 PERIBÁÑEZ: Antes yo me huelgo. Di, que quiero aprender de ti.
 CASILDA: Pues escucha, y ten paciencia.
 La primera letra es A, que altanero no has de ser; por la
 B no me has de hacer burla para siempre ya.
 La C te hará compañero en mis trabajos; la D dadivoso,
 por la fe con que regalarte espero.
 La F de fácil trato, la G galán para mi, la H honesto, y la
 I sin pensamiento de ingrato.
 Por la L liberal, y por la M el mejor marido que tuvo
 amor, porque es el mayor caudal.
 Por la N no serás necio, que es fuerte castigo; por la O
 sólo conmigo todas las horas tendrás.
 Por la P me has de hacer obras de padre; porque
 quererme por la Q, será ponerme en la obligación que
 cobras.
 Por la R regalarme, y por la S servirme, por la T tenerte
 firme, por la V verdad tratarme,
 por la X con abiertos brazos imitarla así,
Abrázale
 y como estamos aquí estemos después de muertos.
 PERIBÁÑEZ: Yo me ofrezco, prenda mía, a saber este abecé.
 ¿Quieres más?
 CASILDA: Mi bien no sé si me atreva el primer día
 a pedirte un gran favor.
 PERIBÁÑEZ: Mi amor se agravia de ti.

CASILDA: ¿Cierto?
 PERIBÁÑEZ: Sí.
 CASILDA: Pues oye .
 PERIBÁÑEZ: Di cuánto se obliga mi amor.
 CASILDA: El día de la Asunción se acerca; tengo deseo de ir a Toledo, y creo que no es gusto, es devoción de ver la imagen también del Sagrario, que aquel día sale en procesión.
 PERIBÁÑEZ: La mía es tu voluntad, mi bien.
 Tratemos de la partida.
 CASILDA: Ya por la G me pareces galán; tus manos mil veces beso.
 PERIBÁÑEZ: A tus primas convida, y vaya un famoso carro.
 CASILDA: ¿Tanto me quieres honrar?
 PERIBÁÑEZ: Allá te pienso comprar..
 CASILDA: Dilo.
 PERIBÁÑEZ: ...un vestido bizarro.

Vanse. Salen el COMENDADOR y LEONARDO, criado

COMENDADOR: Llámame, Leonardo, presto a Luján.
 LEONARDO: Ya le avisé, pero estaba descompuesto.
 COMENDADOR: Vuelve a llamarle.
 LEONARDO: Yo iré.
 COMENDADOR: Parte.
 LEONARDO: (¿En qué ha de parar esto? **Aparte**
 Cuando se siente mejor, tiene más melancolía, y se queja sin dolor. Sospiros al aire envía: ¡mátenme si no es amor!)

Vase

COMENDADOR: Hermosa labradora, más bella, más lucida que ya del sol vestida la colorada aurora; sierra de blanca nieve que los rayos de amor vencer se atreve:
 parece que cogiste con esas blancas manos en los campos lozanos que el mayo adorna y viste cuantas flores agora Céfire engendra en el regazo a Flora.
 Yo vi los verdes prados llamar tus plantas bellas por florecer con ellas, de su nieve pisados, y vi de tu labranza nacer al corazón verde esperanza.
 ¡Venturoso el villano que tal agosto ha hecho del trigo de tu pecho con atrevida mano, y que con blanca barba verá en sus eras de tus hijos parva!
 Para tan gran tesoro de fruto sazonado el mismo sol dorado te preste el carro de oro, o el que forman estrellas, pues las del norte no serán tan bellas.
 Por su azadón trocara mi dorada cuchilla, a Ocaña tu casilla, casa en que el sol repara. ¡Dichoso tú, que tienes en la troj de tu lecho tantos bienes!

Sale LUJÁN

LUJÁN: Perdona, que estaba el bayo necesitado de mí.
 COMENDADOR: Muerto estoy, matóme un rayo; aún dura, Luján, en mí la fuerza de aquel desmayo.
 LUJÁN: ¿Todavía persevera, y aquella pasión te dura?
 COMENDADOR: Como va el fuego a su esfera, el alma a tanta hermosura sube cobarde y ligera.
 Si quiero, Luján, hacerme amigo de este villano, donde el honor menos duerme que en el sutil cortesano, ¿qué medio puede valerme?
 ¿Será bien decir que trato de no parecer ingrato al deseo que mostró, hacerle algún bien?
 LUJÁN: Si yo quisiera bien, con recato,
 quiero decir, advertido de un peligro conocido, primero que a la mujer, solicitara tener la gracia de su marido.
 Éste, aunque es hombre de bien y honrado entre sus iguales, se descuidará también si le haces obras tales, como por otros se ven.
 Que hay marido que, obligado, procede más descuidado

en la guarda de su honor: que la obligación, señor, descuida el mayor cuidado.

COMENDADOR: ¿Qué le daré por primeras señales?

LUJÁN: Si consideras lo que un labrador adulas, será darle un par de mulas más que si a Ocaña le dieras.

Éste es el mayor tesoro de un labrador. Y a su esposa, unas arracadas de oro; que con Angélica hermosa esto escriben de Medoro:

Reinaldo fuerte en roja sangre bana por Angélica el campo de Agramante; Roldán valiente, gran señor de Anglante, cubre de cuerpos la marcial campana;

la furia Malgesí del cetro engaña; sangriento corre el fiero Sacripante; cuanto le pone la ocasión delante, derriba al suelo Ferragut de España.

Mas, mientras los gallardos paladines armados tiran tajos y reveses, presentóle Medoro unos chapines, y entre unos verdes olmos y cipreses gozó de amor los regalados fines, y la tuvo por suya trece meses.

COMENDADOR: No pintó mal el poeta lo que puede el interés.

LUJÁN: Ten por opinión discreta la del dar, porque al fin es la más breve y más secreta.

Los servicios personales son vistos públicamente y dan del amor señales. El interés diligente que negocia por metales,

dicen que lleva los pies todos envueltos en lana.

COMENDADOR: ¡Pues alto, venza interés!

LUJÁN: Mares y montañas allana y tú lo verás después.

COMENDADOR: Desde que fuiste conmigo, Luján, al Andalucía, y fui en la guerra testigo de tu honra y valentía, huelgo de tratar contigo

todas las cosas que son de gusto y secreto, a efeto de saber tu condición; que un hombre de bien discreto es digno de estimación

en cualquier parte o lugar que le ponga su fortuna; y yo te pienso mudar de este oficio.

LUJÁN: Si en alguna cosa te puedo agradar,

mándame, y verás mi amor, que yo no puedo, señor, ofrecerte otras grandezas.

COMENDADOR: Sácame de estas tristezas.

LUJÁN: Éste es el medio mejor.

COMENDADOR: Pues vamos, y buscarás el par de mulas más bello que él haya visto jamás.

LUJÁN: Ponles ese yugo al cuello, que antes de un hora verás arar en su pecho fiero surcos de afición, tributo de que tu cosecha espero; que en trigo de amor, no hay fruto si no se siembra dinero.

Vanse. Salen INÉS, COSTANZA Y CASILDA

CASILDA: No es tarde para partir

INÉS: El tiempo es bueno y es llano todo el camino.

COSTANZA: En verano suelen muchas veces ir en diez horas, y aun en menos. ¿Qué galas llevas, Inés?

INÉS: Pobres y el talle que ves.

COSTANZA: Yo llevo unos cuerpos llenos de pasamanos de plata.

INÉS: Desabrochado el sayuelo, salen bien.

CASILDA: De terciopelo sobre encarnada escarlata los pienso llevar, que son galas de mujer casada.

COSTANZA: Una basquiña prestada me daba Inés, la de Antón.

Era palmilla gentil de Cuenca, si allá se teje, y obligame a que la deje Menga, la de Blasco Gil,

porque dice que el color no dice bien con mi cara.

INÉS: Bien sé yo quién te prestara una faldilla mejor.

COSTANZA: ¿Quién?

INÉS: Casilda.

CASILDA: Si tú quieres, la de grana blanca es buena, o la verde, que está llena de vivos.

COSTANZA: Liberal eres y bien acondicionada; mas si Pedro ha de reñir, no te la quiero pedir, y guárdete Dios, casada.

CASILDA: No es Peribáñez, Costanza, tan mal acondicionado.

INÉS: ¿Quiérete bien tu velado?

CASILDA: ¿Tan presto temes mudanza?

INÉS: No hay en esta villa toda novios de placer tan ricos; pero aún comemos los picos de las roscas de la boda.

CASILDA: ¿Dícete muchos amores?

INÉS: No sé yo cuáles son pocos; sé que mis sentidos locos lo están de tantos favores.

CASILDA: Cuando se muestra el lucero, viene del campo mi esposo de su cena deseoso; siéntele el alma primero, y salgo a abrirle la puerta, arrojando el almohadilla, que siempre tengo en la villa quien mis labores concierta.

INÉS: Él de la mula se arroja, y yo me arrojo en sus brazos; tal vez de nuestros abrazos la bestia hambrienta se enoja y, sintiéndola gruñir, dice: «En dándole la cena al ganado, cara buena, volverá Pedro a salir.»

CASILDA: Mientras él paja les echa, ir por cebada me manda; yo la traigo, el la zaranda y deja la que aprovecha.

INÉS: Revuélvela en el pesebre, y allí me vuelve a abrazar, que no hay tan bajo lugar que el amor no le celebre.

CASILDA: Salimos donde ya está dándonos voces la olla, porque el ajo y la cebolla, fuera del olor que da por toda nuestra cocina, tocan a la cobertera el villano de manera que a bailarles nos inclina.

INÉS: Sácola en limpios manteles, no en plata, aunque yo quisiera; platos son de Talavera, que están vertiendo claveles.

CASILDA: Aváhole su escodilla de sopas con tal primor, que no la come mejor el señor de muesa villa; y él lo paga, porque a fe, que apenas bocado toma, de que, como a su paloma, lo que es mejor no me dé.

INÉS: Bebe y deja la mitad, bébole las fuerzas yo, traigo olivas, y si no, es postre la voluntad.

CASILDA: Acabada la comida, puestas las manos los dos, dámosle gracias a Dios por la merced recibida, y vámonos a acostar, donde le pesa al aurora cuando se llega la hora de venirnos a llamar.

INÉS: ¡Dichosa tú, casadilla, que en tan buen estado estás! Ea, ya no falta más sino salir de la villa.

Sale PERIBÁÑEZ

CASILDA: ¿Está el carro aderezado?

PERIBÁÑEZ: Lo mejor que puede está.

CASILDA: Luego ¿pueden subir ya?

PERIBÁÑEZ: Pena, Casilda, me ha dado el ver que el carro de Bras lleva alfombra y repostero.

CASILDA: Pídele a algún caballero.

INÉS: Al Comendador podrás.

PERIBÁÑEZ: El nos mostraba afición, y pienso que nos le diera.

CASILDA: ¿Qué se pierde en ir?

PERIBÁÑEZ: Espera, que a la fe que no es razón que vaya sin repostero.

INÉS: Pues vámonos a vestir.

CASILDA: También le puedes pedir.

PERIBÁÑEZ: ¿Qué, mi Casilda?

CASILDA: Un sombrero.

PERIBÁÑEZ: Eso no.

CASILDA: ¿Por qué? ¿Es exceso?

PERIBÁÑEZ: Porque plumas de señor podrán darnos por favor a ti viento y a mi peso.

Vanse todos. Salen el COMENDADOR, y LUJÁN

COMENDADOR: Ellas son con extremo.

LUJÁN: Yo no he visto mejores bestias, por tu vida y mía, en

COMENDADOR: cuantas he tratado, y no son pocas.
LUJÁN: Las arracadas faltan.
Dijo el dueño que cumplen a estas yerbas los tres años, y costaron lo mismo que le diste, habrá un mes, en la feria de Mansilla, y que saben muy bien de albarda y silla.
COMENDADOR: ¿De qué manera, di, Luján, podremos darlas a Peribáñez, su marido, que no tenga malicia en mi propósito?
LUJÁN: Llamándole a tu casa, y previniéndole de que estás a su amor agradecido. Pero cáusame risa en ver que hagas tu secretario en cosas de tu gusto un hombre de mis prendas.
COMENDADOR: No te espantes; que sirviendo mujer de humildes prendas, es fuerza que lo trate con las tuyas. Si sirviera una dama, hubiera dado parte a mi secretario o mayordomo, o a algunos gentilhombres de mi casa. Éstos hicieran joyas y buscaran cadenas de diamantes, brincos, perlas, telas, rasos, damascos, terciopelos, y otras cosas extrañas y exquisitas, hasta en Arabia procurar la fénix; pero la calidad de lo que quiero me obliga a darte parte de mis cosas, Luján, aunque eres mi lacayo; mira que para comprar mulas eres propio, de suerte que yo trato el amor mío de la manera misma que él me trata.
LUJÁN: Ya que no fue tu amor, señor, discreto, el modo de tratarle lo parece.

Sale LEONARDO

LEONARDO: Aquí está Peribáñez.
COMENDADOR: ¿Quién, Leonardo?
LEONARDO: Peribáñez, señor.
COMENDADOR: ¿Qué es lo que dices?
LEONARDO: Digo que me pregunta Peribáñez por ti, y yo pienso bien que le conoces. Es Peribáñez, labrador de Ocaña, cristiano viejo y rico, hombre tenido en gran veneración de sus iguales, y que, si se quisiese alzar agora en esta villa, seguirán su nombre cuantos salen al campo con su arado, porque es, aunque villano, muy honrado.
LUJÁN: ¿De qué has perdido el color?
COMENDADOR: ¡Ay cielos!
¡Que de sólo venir el que es esposo de una mujer que quiero bien, me sienta descolorir, helar y temblar todo!
LUJÁN: Luego ¿no ternás ánimo de verle?
COMENDADOR: Di que entre, que del modo que a quien ama, la calle, las ventanas y las rejas agradables le son, y en las criadas parece que ve el rostro de su dueño, así pienso mirar en su marido la hermosura por quien estoy perdido.

Sale PERIBÁÑEZ con capa

PERIBÁÑEZ: Dame tus generosos pies.
COMENDADOR: ¡Oh Pedro!
Seas mil veces bien venido. Dame otras tantas tus brazos.
PERIBÁÑEZ: ¡Señor mío!
¡Tanta merced a un rústico villano de los menores que en Ocaña tienes! ¡Tanta merced a un labrador!
COMENDADOR: No eres indigno, Peribáñez, de mis brazos, que, fuera de ser hombre bien nacido, y por tu entendimiento y tus costumbres honra de los vasallos de mi tierra, te debo estar agradecido, y tanto, cuanto ha sido por ti tener la vida, que pienso que sin ti fuera perdida. ¿Qué quieres de esta casa?
PERIBÁÑEZ: Señor mío,
yo soy, ya lo sabrás, recién casado. Los hombres, y de bien, cual lo profeso, hacemos, aunque pobres, el oficio que hicieron los galanes de palacio. Mi mujer me ha pedido que la lleve a la fiesta de agosto, que en Toledo es, como sabes, de su santa iglesia celebrada de suerte que convoca a todo el reino. Van también sus primas. Yo, señor, tengo en casa pobres sargas, no franceses tapices de oro y seda, no reposteros con doradas armas, ni coronados de blasón y plumas los timbres generosos; y así, vengo a que se digne vuestra señoría de prestarme una alfombra y repostero

COMENDADOR: para adornar el carro, y le suplico que mi ignorancia su
 PERIBÁÑEZ: grandeza abone, y como enamorado me perdone.
 ¿Estás contento, Peribáñez?
 Tanto
 que no trocara a este sayal grosero la encomienda mayor
 que el pecho cruza de vuestra señoría, porque tengo mujer
 honrada, y no de mala cara, buena cristiana, humilde, y
 que me quiere no sé si tanto como yo la quiero, pero con
 más amor que mujer tuvo.
 COMENDADOR: Tenéis razón de amar a quien os ama, por ley divina y por
 humanas leyes; que a vos eso os agrada como vuestro.
 ¡Hola! Dadle el alfombra mequinesa con ocho reposteros
 de mis armas, y pues hay ocasión para pagarle el buen
 acogimiento de su casa, adonde hallé la vida, las dos mulas
 que compré para el coche de camino, y a su esposa llevad
 las arracadas, si el platero las tiene ya acabadas.
 PERIBÁÑEZ: Aunque bese la tierra, señor mío, en tu nombre mil veces,
 no te pago una mínima parte de las muchas que debo a las
 mercedes que me haces. Mi esposa y yo, hasta aquí
 vasallos tuyos, desde hoy somos esclavos de tu casa.
 COMENDADOR: Ve, Leonardo, con él.
 LEONARDO: Vente conmigo.

Vanse

COMENDADOR: Luján, ¿qué te parece?
 LUJÁN: Que se viene la ventura a tu casa.
 COMENDADOR: Escucha aparte:
 el alazán al punto me adereza, que quiero ir a Toledo
 rebozado, porque me lleva el alma esta villana.
 LUJÁN: ¿Seguirla quieres?
 COMENDADOR: Sí, pues me persigue, por que este ardor con verla se
 mitigue.

Vanse. Salen con acompañamiento el rey ENRIQUE y el CONDESTABLE

CONDESTABLE: Alegre está la ciudad, y a servirte apercebida, con la
 dichosa venida de tu sacra majestad.
 Auméntales el placer ser víspera de tal día.
 ENRIQUE: El deseo que tenía me pueden agradecer.
 Soy de su rara hermosura el mayor apasionado.
 CONDESTABLE: Ella, en amor y en cuidado, notablemente procura
 mostrar agradecimiento.
 ENRIQUE: Es octava maravilla, es corona de Castilla, es su lustre y
 ornamento;
 es cabeza, Condestable, de quien los miembros reciben
 vida, con que alegres viven; es a la vista admirable.
 Como Roma, está sentada sobre un monte que ha
 vencido los siete por quien ha sido tantos siglos celebrada.
 Salgo de su santa iglesia con admiración y amor.
 CONDESTABLE: Este milagro, señor, vence al antiguo de Efesia.
 ¿Piensas hallarte mañana en la procesión?
 ENRIQUE: Iré, para ejemplo de mi fe, con la imagen soberana,
 que la querría obligar a que rogase por mí en esta
 jornada.

Sale un PAJE

PAJE: Aquí tus pies vienen a besar
 dos regidores, de parte de su noble ayuntamiento.
 ENRIQUE: Di que lleguen.

Salen dos REGIDORES

REGIDOR: Esos pies besa, gran señor, Toledo
 y dice que, para darte respuesta con breve acuerdo a lo
 que pides, y es justo, de la gente y el dinero, junto sus
 nobles, y todos, de común consentimiento, para la jornada
 ofrecen mil hombres de todo el reino y cuarenta mil
 ducados.
 ENRIQUE: Mucho a Toledo agradezco el servicio que me hace; pero es
 Toledo en efeto. ¿Sois caballeros los dos?

REGIDOR: Los dos somos caballeros .
ENRIQUE: Pues hablad al Condestable mañana, por que Toledo vea
que en vosotros pago la que a su nobleza debo.

***Salen INÉS y COSTANZA y CASILDA con sombreros de borlas y vestidos de
labradoras a uso de la Sagra y PERIBÁÑEZ y el COMENDADOR, de camino,
detrás***

INÉS: Pardiez, que tengo de verle, pues hemos venido a tiempo
que está el Rey en la ciudad.
COSTANZA: ¡Oh qué gallardo mancebo!
INÉS: Éste llaman don Enrique Tercero.
CASILDA: ¡Qué buen tercero!
PERIBÁÑEZ: Es hijo del Rey don Juan el Primero, y así, es nieto del
Segundo don Enrique, el que mató al Rey don Pedro, que
fue Guzmán por la madre, y valiente caballero; aunque más
lo fue el hermano, pero, cayendo en el suelo, valióse de la
Fortuna, y de los brazos asiendo, a Enrique le dio la daga,
que agora se ha vuelto cetro.
INÉS: ¿Quién es aquél tan erguido que habla con él?
PERIBÁÑEZ: Cuando menos el Condestable.
CASILDA: ¿Que son los reyes de carne y hueso?
COSTANZA: Pues ¿de qué pensabas tú?
CASILDA: De damasco o terciopelo.
COSTANZA: ¡Si que eres boba en verdad!
COMENDADOR: (Como sombra voy siguiendo **Aparte**
el sol de aquesta villana, y con tanto atrevimiento, que de
la gente del Rey el ser conocido temo. Pero ya se va al
alcázar.)

Vanse el REY y su gente

INÉS: ¡Hola! El Rey se va.
COSTANZA: Tan presto,
que aún no he podido saber si es barbirrubio o taheño.
INÉS: Los reyes son a la vista, Costanza, por el respeto, imágenes
de milagros, porque siempre que los vemos, de otra color
nos parecen.

Sale LUJÁN con Un PINTOR

LUJÁN: Aquí está.
PINTOR: ¿Cuál de ellos?
LUJÁN: ¡Quedo!
Señor, aquí está el pintor.
COMENDADOR: ¡Oh amigo!
PINTOR: A servirte vengo.
COMENDADOR: ¿Traes el naípe y colores?
PINTOR: Sabiendo tu pensamiento, colores y naípe traigo.
COMENDADOR: Pues con notable secreto, de aquellas tres labradoras me
retrata la de en medio, luego que en cualquier lugar tomen
con espacio asiento.
PINTOR: Que será dificultoso temo, pero yo me atrevo a que se
parezca mucho.
COMENDADOR: Pues advierte lo que quiero. Si se parece en el naípe, de
este retrato pequeño quiero que hagas uno grande con
más espacio en un lienzo.
PINTOR: ¿Quiéresle entero?
COMENDADOR: No tanto;
basta que de medio cuerpo, mas con las mismas patenas,
sartas, camisa y sayuelo.
LUJÁN: Allí se sientan a ver la gente.
PINTOR: Ocasión tenemos.
Yo haré el retrato.
PERIBÁÑEZ: Casilda, tomemos aqueste asiento para ver las
luminarias.
INÉS: Dicen que al ayuntamiento traerán bueyes esta noche.
CASILDA: Vamos, que aquí los veremos sin peligro y sin estorbo.
COMENDADOR: Retrata, pintor, al cielo todo bordado de nubes, y retrata
un prado ameno todo cubierto de flores.

PINTOR: Cierta que es bella en extremo.
LUJÁN: Tan bella que está mi amo todo cubierto de vello, de convertido en salvaje.
PINTOR: La luz faltará muy presto.
COMENDADOR: No lo temas, que otro sol tiene en sus ojos serenos, siendo estrellas para ti, para mi rayos de fuego.

ACTO SEGUNDO

Salen cuatro labradores: BLAS, GIL, ANTÓN, y BENITO

BENITO: Yo soy de este parecer.
GIL: Pues asentaos y escribildo.
ANTÓN: Mal hacemos en hacer entre tan pocos cabildo.
BENITO: Ya se llamó desde ayer.
BLAS: Mil faltas se han conocido en esta fiesta pasada.
GIL: Puesto, señores, que ha sido la procesión tan honrada y el santo tan bien servido,
debemos considerar que parece mal faltar en tan noble cofradía lo que agora se podría fácilmente remediar.
Y cierto que, pues que toca a todos un mal que daña generalmente, que es poca devoción de toda Ocaña, y a toda Espana provoca,
de nuestro santo patrón, Roque, vemos cada día aumentar la devoción una y otra cofradía, una y otra procesión
en el reino de Toledo. Pues ¿por qué tenemos miedo a ningún gasto?
BENITO: No ha sido sino descuido y olvido.

Sale PERIBÁÑEZ

PERIBÁÑEZ: Si en algo serviros puedo,
veisme aquí, si ya no es tarde.
BLAS: Peribáñez, Dios os guarde, gran falta nos habéis hecho.
PERIBÁÑEZ: El no seros de provecho me tiene siempre cobarde.
BENITO: Toma asiento junto a mí.
GIL: ¿Dónde has estado?
PERIBÁÑEZ: En Toledo, que a ver con mi esposa fui la fiesta.
ANTÓN: ¿Gran cosa?
PERIBÁÑEZ: Puedo decir, señores, que vi
un cielo en ver en el suelo su santa iglesia, y la imagen que ser más bella recelo, si no es que a pintarla bajen los escultores del cielo;
porque, quien la verdadera no haya visto en la alta esfera del trono en que está sentada, no podrá igualar en nada lo que Toledo venera.
Hízose la procesión con aquella majestad que suelen, y que es razón, añadiendo autoridad el Rey en esta ocasión.
Pasaba al Andalucía para proseguir la guerra.
GIL: Mucho nuestra cofradía sin vos en mil cosas yerra.
PERIBÁÑEZ: Pensé venir otro día
y hallarme a la procesión de nuestro Roque divino, pero fue vana intención, porque mi Casilda vino con tan devota intención,
que hasta que pasó la octava no pude hacella venir.
GIL: ¿Que allá el señor Rey estaba?
PERIBÁÑEZ: Y el Maestre, oí decir, de Alcántara y Calatrava.
¡Brava jornada aperciben! No ha de quedar moro en pie de cuantos beben y viven el Betis, aunque bien sé del modo que los reciben.
Pero, esto aparte dejando, ¿de qué estábades tratando?
BENITO: De la nuestra cofradía de San Roque, y, a fe mía, que el ver que has llegado cuando
mayordomo están haciendo, me ha dado, Pedro, a pensar que vienes a serlo.
ANTÓN: En viendo a Peribáñez entrar, lo mismo estaba

diciendo.

BLAS: ¿Quién lo ha de contradecir?

GIL: Por mi digo que lo sea, y en la fiesta por venir se ponga cuidado y vea lo que es menester pedir.

PERIBÁÑEZ: Aunque por recién casado replicar fuera razón, puesto que me habéis honrado, agravio mi devoción huyendo el rostro al cuidado.

Y por servir a San Roque, la mayordomía aceto para que más me provoque a su servicio.

ANTÓN: En efeto, haréis mejor lo que toque.

PERIBÁÑEZ: ¿Qué es lo que falta de hacer?

BENITO: Yo quisiera proponer que otro San Roque se hiciese más grande, por que tuviese más vista.

PERIBÁÑEZ: Buen parecer. ¿Qué dice Gil?

GIL: Que es razón, que es viejo y chico el que tiene la cofradía.

PERIBÁÑEZ: ¿Y Antón?

ANTÓN: Que hacerle grande conviene, y que ponga devoción.

Está todo desollado el perro, y el panecillo más de la mitad quitado, y el ángel, quiero decillo, todo abierto por un lado.

Y a los dos dedos, que son con que da la bendición, falta más de la mitad.

PERIBÁÑEZ: Blas, ¿qué diz?

BLAS: Que a la ciudad vayan hoy Pedro y Antón, y hagan aderezar el viejo a algún buen pintor, porque no es justo gastar ni hacerlo agora mayor, pudiéndole renovar.

PERIBÁÑEZ: Blas dice bien, pues está tan pobre la cofradía; mas ¿cómo se llevará?

ANTÓN: En vuesa pollina o mía sin daño y golpes irá de una sábana cubierto.

PERIBÁÑEZ: Pues esto baste por hoy, si he de ir a Toledo.

BLAS: Advierto que este parecer que doy no lleva engaño encubierto;

que, si se ofrece gastar, cuando Roque se volviera San Cristóbal, sabré dar mi parte.

GIL: Cuando eso fuera, ¿quién se pudiera excusar?

PERIBÁÑEZ: Pues vamos, Antón, que quiero despedirme de mi esposa.

ANTÓN: Yo con la imagen te espero.

PERIBÁÑEZ: Llamará Casilda hermosa éste mi amor lisonjero;

que, aunque disculpado quedo con que el cabildo me ruega, pienso que enojarla puedo, pues en tiempo de la siega me voy de Ocaña a Toledo.

Vanse. Salen el COMENDADOR y LEONARDO

COMENDADOR: Cuéntame el suceso todo.

LEONARDO: Si de algún provecho es haber conquistado a Inés, pasa, señor, de este modo.

Vino de Toledo a Ocaña Inés con tu labradora, como de su sol aurora, más blanda y menos extraña.

Pasé sus calles las veces que pude, aunque con recato, porque en gente de aquel trato hay maliciosos jüeces.

A baile salió una fiesta, ocasión de hablarla hallé; habléla de amor y fue la vergüenza la respuesta.

Pero saliendo otro día a las eras, pude hablarla, y en el camino contarla la fingida pena mía.

Ya entonces más libremente mis palabras escuchó, y pagarme prometió mi afición honestamente,

porque yo le di a entender que ser mi esposa podría, aunque ella mucho temía lo que era razón temer.

Pero aseguréla yo que tú, si era tu contento, harías el casamiento, y de otra manera no.

Con esto está de manera que si a Casilda ha de haber puerta, por aquí ha de ser, que es prima y es bachillera.

COMENDADOR: ¡Ay Leonardo! ¡Si mi suerte al imposible inhumano de

aqueste desdén villano, roca del mar siempre fuerte,
hallase fácil camino!

LEONARDO: ¿Tan ingrata te responde?

COMENDADOR: Seguila, ya sabes dónde, sombra de su sol divino,
y, en viendo que me quitaba el rebozo, era de suerte
que, como de ver la muerte, de mi rostro se espantaba.
Ya le salían colores al rostro, ya se teñía de blanca nieve
y hacía su furia y desdén mayores.
Con efetos desiguales yo, con los humildes ojos,
mostraba que sus enojos me daban golpes mortales.
En todo me parecía que aumentaba su hermosura, y
atrevióse mi locura, Leonardo, a llamar un día
un pintor, que retrató en un naípe su desdén.

LEONARDO: Y ¿parecióse?

COMENDADOR: Tan bien, que después me le pasó
a un lienzo grande, que quiero tener donde siempre esté
a mis ojos, y me dé más favor que el verdadero.
Pienso que estará acabado, tú irás por él a Toledo; pues
con el vivo no puedo, viviré con el pintado.

LEONARDO: Iré a servirte, aunque siento que te aflijas por mujer que
la tardas en vencer lo que ella en saber tu intento.
Déjame hablar con Inés, que verás lo que sucede.

COMENDADOR: Si ella lo que dices puede, no tiene el mundo interés...

Sale LUJÁN entre como segador

LUJÁN: ¿Estás solo?

COMENDADOR: ¡Oh buen Luján!
Sólo está Leonardo aquí.
¡Albricias, señor!

COMENDADOR: Si a ti deseos no te las dan
¿Qué hacienda tengo en Ocaña?

LUJÁN: En forma de segador, a Peribáñez, señor -tanto el
apariencia engaña-
pedí jornal en su trigo, y, desconocido, estoy en su casa
desde hoy.

COMENDADOR: ¡Quién fuera, Luján, contigo!

LUJÁN: Mañana, al salir la aurora, hemos de ir los segadores al
campo; mas tus amores tienen gran remedio agora
que Peribáñez es ido a Toledo, y te ha dejado esta noche
a mi cuidado; porque, en estando dormido
el escuadrón de la siega alrededor del portal, en
sintiendo que al umbral tu seña o tu planta llega,
abra la puerta, y te adiestre por donde vayas a ver esta
invencible mujer.

COMENDADOR: ¿Cómo quieres que te muestre
debido agradecimiento Luján, de tanto favor?

LUJÁN: Es el tesoro mayor del alma el entendimiento.

COMENDADOR: Por qué camino tan llano has dado a mi mal remedio!
Pues no estando de por medio aquel celoso villano,
y abriendome tú la puerta al dormir los segadores,
queda en mis locos amores la de mi esperanza abierta.
¡Brava ventura he tenido no sólo en que se partiese,
pero de que no te hubiese por el disfraz conocido!
¿Has mirado bien la casa?

LUJÁN: Y, ¡cómo si la miré! Hasta el aposento entré del sol que tu
pecho abrasa.

COMENDADOR: ¿Que has entrado a su aposento? ¿Que de tan divino sol
fuiste Faetón español? ¡Espantoso atrevimiento!
¿Qué hacía aquel ángel bello?

LUJÁN: Labor en un limpio estrado, no de seda ni brocado, aunque
pudiera tenello,
mas de azul guadamecí con unos vivos dorados que, en
vez de borlas, cortados por las cuatro esquinas vi.
Y como en toda Castilla dicen del agosto ya que el frío
en el rostro da, y ha llovido en nuestra villa,
o por verse caballeros antes del invierno frío, sus

paredes, señor mío, sustentan tus reposteros.
 Tanto, que dije entre mí, viendo tus armas honradas:
 Rendidas, que no colgadas, pues amor lo quiere así.
 COMENDADOR: Antes ellas te advirtieron de que en aquella ocasión
 tomaban la posesión de la conquista que hicieron;
 porque, donde están colgadas, lejos están de rendidas.
 Pero, cuando fueran vidas, las doy por bien empleadas.
 Vuelve, no te vean aquí, que, mientras me voy a armar,
 querrá la noche llegar para dolerse de mí.
 LUJÁN: ¿Ha de ir Leonardo contigo?
 COMENDADOR: Paréceme discreción, porque en cualquiera ocasión es
 bueno al lado un amigo.

Vanse. Salen CASILDA e INÉS

CASILDA: Conmigo te has de quedar esta noche, por tu vida.
 INÉS: Licencia es razón que pida. De esto no te has de agraviar,
 que son padres en efeto.
 CASILDA: Enviaréles un recaudo, por que no estén con cuidado, que
 ya es tarde, te prometo.
 INÉS: Trázalo como te dé más gusto, prima querida.
 CASILDA: No me habrás hecho en tu vida mayor placer, a la fe.
 Esto debes a mi amor.
 INÉS: Estás, Casilda, enseñada a dormir acompañada; no hay
 duda, tendrás temor.
 Y yo mal podré suplir la falta de tu velado, que es mozo,
 a la fe, chapado y para hacer y decir.
 Yo, si viese algún rüido, cuéntame por desmayada.
 Tiemblo una espada envainada; desnuda, pierdo el sentido.
 CASILDA: No hay en casa qué temer, que duermen en el portal los
 segadores.
 INÉS: Tu mal soledad debe de ser,
 y temes que estos desvelos te quiten el sueño.
 CASILDA: Aciertas, que los desvelos son puertas para que
 pasen los celos
 desde el amor al temor y en comenzando a temer, no hay
 más dormir que poner con celos remedio a amor.
 INÉS: Pues ¿qué ocasión puede darte en Toledo?
 CASILDA: ¿Tú no ves que celos es aire, Inés, que vienen de
 cualquier parte?
 [INÉS:] Que de Medina venía oí yo siempre cantar.
 CASILDA: ¿Y Toledo no es lugar de adonde venir podría?
 INÉS: Grandes hermosuras tiene.
 CASILDA: Ahora bien, vente a cenar.

Salen LLORENTE y MENDO, segadores

LLORENTE: A quien ha de madrugar dormir luego le conviene.
 MENDO: Digo que muy justo es. Los ranchos pueden hacerse.
 CASILDA: Ya vienen a recogerse los segadores, Inés.
 INÉS: Pues vamos, y a Sancho avisa el cuidado de la huerta.

Vanse

LLORENTE: Muesama acude a la puerta. Andará dándonos prisa
 por no estar aquí su dueño.

Salen BARTOLO y CHAPARRO, segadores

BARTOLO: A alba he de haber segado todo el repecho del prado.
 CHAPARRO: Si diere licencia el sueño.
 Buenas noches os dé Dios, Mendo y Llorente.
 MENDO: El sosiego no será mucho si luego habemos de andar
 los dos
 con las hoces a destajo, aquí manada, aquí corte.
 CHAPARRO: Pardiez, Mendo, cuando importe, bien luce el justo trabajo.
 Sentaos y, antes de dormir, o cantemos o contemos algo
 de nuevo y podremos en esto nos divertir.
 BARTOLO: ¿Tan dormido estáis, Llorente?

LLORENTE: Pardiez, Bartol, que quisiera que en un año amaneciera cuatro veces solamente.

Salen HELIPE y LUJÁN, segadores

HELIPE: ¿Hay para todos lugar?
MENDO: ¡Oh Helipe! Bien venido.
LUJÁN: Y yo, si lugar os pido, ¿podréle por dicha hallar?
CHAPARRO: No faltará para vos. Aconchaos junto la puerta.
BARTOLO: Cantar algo se concierto.
CHAPARRO: Y aun contar algo, por Dios.
LUJÁN: Quien supiere un lindo cuento, póngale luego en el corro.
CHAPARRO: De mi capote me ahorro y para escuchar me asiento.
LUJÁN: Va primero de canción, y luego diré una historia que me viene a la memoria.
MENDO: Cantad.
LLORENTE: Ya comienzo el son.

Canten con las guitarras

«Trébole, ¡ay Jesús, cómo güele!
Trébole, ¡ay Jesús, qué olor!
Trébole de la casada, que a su esposo quiere bien; de la doncella también, entre paredes guardada, que, fácilmente engañada, sigue su primero amor.
Trébole, ¡ay Jesús, cómo güele! Trébole, ¡ay Jesús, qué olor!
Trébole de la soltera, que tantos amores muda; trébole de la viuda, que otra vez casarse espera, tocas blancas por defuera y el faldellín de color.
Trébole, ¡ay Jesús, cómo güele! Trébole, ¡ay Jesús, qué olor!»
LUJÁN: Parecen que se han dormido. No tenéis ya que cantar.
LLORENTE: Yo me quiero recostar, aunque no en trébol florido.
LUJÁN: ¿Qué me detengo? Ya están los segadores durmiendo.
Noche, este amor te encomiendo. Prisa los silbos me dan.
La puerta le quiero abrir. ¿Eres tú, señor?

Salen el COMENDADOR y LEONARDO

COMENDADOR: Yo soy.
LUJÁN: Entra presto.
COMENDADOR: Dentro estoy.
LUJÁN: Ya comienzan a dormir.
Seguro por ellos pasa, que un carro puede pasar sin que puedan despertar.
COMENDADOR: Luján, yo no sé la casa. Al aposento me guía.
LUJÁN: Quédese Leonardo aquí.
LEONARDO: Que me place.
LUJÁN: Ven tras mí.
COMENDADOR: ¡Oh amor! ¡Oh fortuna mía! ¡Dame próspero suceso!

Vanse

LLORENTE: Hola, Mendo!
MENDO: ¿Qué hay, Llorente?
LLORENTE: En casa anda gente.
MENDO: ¿Gente? Que lo temí te confieso.
¿Así se guarda el decoro a Peribáñez?
LLORENTE: No sé. Sé que no es gente de a pie.
MENDO: ¿Cómo?
LLORENTE: Trae capa con oro.
MENDO: ¿Con oro? Mátenme aquí si no es el Comendador.
LLORENTE: Demos voces.
MENDO: ¿No es mejor callar?
LLORENTE: Sospecho que sí.
Pero ¿de qué sabes que es el Comendador?
MENDO: No hubiera en Ocaña quien pusiera tan atrevidos los pies,

LLORENTE: ni aun el pensamiento, aquí.
MENDO: Esto es casar con mujer hermosa.
LLORENTE: ¿No puede ser que ella esté sin culpa?
Sí. Ya vuelven. Hazte dormido.

[Salen el COMENDADOR y LUJÁN]

COMENDADOR: ¡Ce! ¡Leonardo!
LEONARDO: ¿Qué hay, señor?
COMENDADOR: Perdí la ocasión mejor que pudiera haber tenido.
LEONARDO: ¿Cómo?
COMENDADOR: Ha cerrado y muy bien el aposento esta fiera.
LEONARDO: Llama.
COMENDADOR: ¡Si gente no hubiera...! Mas despertarán también.
LEONARDO: No harán, que son segadores, y el vino y cansancio son cados de la razón y sentidos exteriores.
Pero escucha, que han abierto la ventana del portal.
COMENDADOR: Todo me sucede mal.
LEONARDO: ¿Si es ella?
COMENDADOR: Tenlo por cierto.

Sale a la ventana con un rebozo, CASILDA

CASILDA: ¿Es hora de madrugar, amigos?
COMENDADOR: Señora mía, ya se va acercando el día y es tiempo de ir a segar.
Demás que, saliendo vos, sale el sol, y es tarde ya. Lástima a todos nos da de veros sola, por Dios.
No os quiere bien vuestro esposo, pues a Toledo se fue y os deja una noche. A fe que si fuera tan dichoso el Comendador de Ocaña -que sé yo que os quiere bien, aunque le mostráis desdén y sois con él tan extraña- que no os dejara, aunque el Rey por sus cartas le llamara; que dejar sola esa cara nunca fue de amantes ley.
CASILDA: Labrador de lejas tierras,
que has venido a nuesa villa convidado del agosto, ¿quién te dio tanta malicia? Ponte tu tosca antiparra, del hombro el gabán derriba, la hoz menuda en el cuello, los dediles en la cinta. Madruga al salir del alba, mira que te llama el día, ata las manadas secas sin maltratar las espigas.
Cuando salgan las estrellas, a tu descanso camina, y no te metas en cosas de que algún mal se te siga. El Comendador de Ocaña servirá dama de estima, no con sayuelo de grana ni con saya de palmilla. Copete traerá rizado, gorguera de holanda fina,
no cofia de pinos tosca, y toca de argentería. En coche o silla de seda los disantos irá a misa,
no vendrá en carro de estacas de los campos a las viñas. Dirále en cartas discretas requiebros a maravilla, no labradores desdenes envueltos en señorías.
Olerále a guantes de ámbar, a perfumes y pastillas, no a tomillo ni cantueso, poleo y zarzas floridas. Y cuando el Comendador me amase como a su vida, y se diesen virtud y honra por amorosas mentiras, más quiero yo a Peribáñez con su capa la pardilla
que al Comendador de Ocaña con la suya guarnecida. Más precio verle venir en su yegua la tordilla, la barba llena de escarcha
y de nieve la camisa, la ballesta atravesada, y del arzón de la silla dos perdices conejos, y el podenco de trailla,
que ver al Comendador con gorra de seda rica, y cubiertos de diamantes los brahones y capilla; que más devoción me causa
la cruz de piedra en la ermita, que la roja de Santiago en su bordada ropilla. Vete, pues, el segador, mala fuese la tu dicha,
que si Peribáñez viene no verás la luz del día.

COMENDADOR: Quedo, señora. ¡Señora!
Casilda, amores, Casilda, yo soy el Comendador;
abridme, por vuestra vida. Mirad que tengo que daros dos
sartas de perlas finas y una cadena esmaltada de más peso
que la mía.

CASILDA: Segadores de mi casa,
no durmáis, que con su risa os está llamando el alba. Ea,
relinchos y grita, que al que a la tarde viniere
con más manadas cogidas, le mando el sombrero grande
con que va Pedro a las viñas.

Quítase de la ventana

MENDO: Llorente, muesa ama llama.
LUJÁN: Huye, señor, huye aprisa, que te ha de ver esta gente.
COMENDADOR: ¡Ah, crüel sierpe de Libia!
Pues aunque gaste mi hacienda, mi honor, mi sangre y mi
vida, he de rendir tus desdenes,
tengo de vencer tus iras.

Vanse el COMENDADOR, [LUJÁN y LEONARDO]

BARTOLO: Yérquete cedo, Chaparro,
que viene a gran prisa el día.
CHAPARRO: Ea, Helipe, que es muy tarde.
HELIPE: Pardiez, Bartol, que se miran
todos los montes bañados de blanca luz por encima.
LLORENTE: Seguidme todos, amigos, porque muesama no diga que
porque muesamo falta andan las hoces baldías.

Vanse todos relinchando. Salen PERIBÁÑEZ, y el PINTOR y ANTÓN

PERIBÁÑEZ: Entre las tablas que vi de devoción o retratos, adonde
menos ingratos los pinceles conocí,
una he visto que me agrada o porque tiene primor, o
porque soy labrador y lo es también la pintada.
Y pues ya se concertó el aderezo del santo, reciba yo
favor tanto que vuelva a mirarla yo.

PINTOR: Vos tenéis mucha razón, que es bella la labradora.
PERIBÁÑEZ: Quitadla del clavo ahora, que quiero enseñarla a Antón.
ANTÓN: Ya la vi, mas, si queréis, también holgaré de vella.
PERIBÁÑEZ: Id, por mi vida, por ella.
PINTOR: Yo voy.

Vase

PERIBÁÑEZ: Un ángel veréis.
ANTÓN: Bien sé yo por qué miráis la villana con cuidado.
PERIBÁÑEZ: Sólo el traje me le ha dado, que en el gusto os engañáis.
ANTÓN: Pienso que os ha parecido que parece a vuestra esposa.
PERIBÁÑEZ: ¿Es Casilda tan hermosa?
ANTÓN: Pedro, vos sois su marido,
a vos os está más bien alabarla que no a mí.

Sale el PINTOR con el retrato de CASILDA, grande

PINTOR: La labradora está aquí.
PERIBÁÑEZ: ¡Y mi deshonor también.) **Aparte**
PINTOR: ¿Qué os parece?
PERIBÁÑEZ: Que es notable. (No os agrada, Antón?
ANTÓN: Es cosa a vuestros ojos hermosa y a los del mundo
admirable.
PERIBÁÑEZ: Id, Antón, a la posada y ensillad mientras que voy.
ANTÓN: (Puesto que ignorante soy, **Aparte**
Casilda es la retratada,
y el pobre de Pedro está abrasándose de celos.) Adiós.

Vase ANTÓN

PERIBÁÑEZ: No han hecho los cielos cosa, señor, como ésta.
¡Bello ojos! ¡Linda boca! ¿De dónde es esta mujer?
PINTOR: No acertarla a conocer a imaginar me provoca

que no está bien retratada-- porque dónde vos nació.

PERIBÁÑEZ: ¿En Ocaña?

PINTOR: Sí.

PERIBÁÑEZ: Pues yo conozco una desposada a quien algo se parece.

PINTOR: Yo no sé quién es, mas sé que a hurto la retraté, no como ahora se ofrece,

mas en un naípe. De allí a este lienzo la he pasado.

PERIBÁÑEZ: Ya sé quién la ha retratado. Si acierto, ¿diréislo?

PINTOR: Sí.

PERIBÁÑEZ: El Comendador de Ocaña.

PINTOR: Por saber que ella no sabe el amor de hombre tan grave, que es de lo mejor de España,

me atrevo a decir que es él.

PERIBÁÑEZ: Luego, ¿ella no es sabidora?

PINTOR: Como vos antes de agora; antes, por ser tan fiel,

tanto trabajo costó el poderla retratar.

PERIBÁÑEZ: ¿Queréismela a mi fiar, y llevársela yo?

PINTOR: No me han pagado el dinero.

PERIBÁÑEZ: Yo os daré todo el valor.

PINTOR: Temo que el Comendador se enoje, y mañana espero un lacayo suyo aquí.

PERIBÁÑEZ: Pues, ¿sábelo ese lacayo?

PINTOR: Anda veloz como un rayo por rendirla.

PERIBÁÑEZ: Ayer le vi, y le quise conocer.

PINTOR: ¿Mandáis otra cosa?

PERIBÁÑEZ: En tanto que nos reparáis el santo, tengo de venir a ver

mil veces este retrato.

PINTOR: Como fuéredes servido. Adiós.

Vase el PINTOR

PERIBÁÑEZ: ¿Qué he visto y oído

cielo airado, tiempo ingrato?

Mas si de este falso trato no es cómplice mi mujer, ¿cómo doy a conocer mi pensamiento ofendido? Porque celos de marido

no se han de dar a entender.

Basta que el Comendador a mi mujer solicita, basta que el honor me quita, debiéndome dar honor.

Soy vasallo, es mi señor, vivo en su amparo y defensa; si en quitarme el honor piensa, quitarélo yo la vida. que la ofensa acometida

ya tiene fuerza de ofensa.

Erré en casarme, pensado que era una hermosa mujer toda la vida un placer que estaba el alma pasando;

pues no imaginé que, cuando la riqueza poderosa me la mirara envidiosa, la codiciara también.

¡Mal haya el humilde, amén, que busca mujer hermosa!

Don Fadrique me retrata a mi mujer, luego ya haciendo dibujo está contra el honor que me mata.

Si pintada me maltrata la honra, es cosa forzosa que venga a estar peligrosa la verdadera también. ¡Mal haya el humilde, amén, que busca mujer hermosa!

Mal lo miró mi humildad en buscar tanta hermosura, mas la virtud asegura la mayor dificultad.

Retirarme a mi heredad es dar puerta vergonzosa a quien cuanto escucha glosa y trueca en mal todo el bien. ¡Mal haya el humilde, amén, que busca mujer hermosa!

Pues, también salir de Ocaña es el mismo inconveniente, mi hacienda no consiente que viva por tierra extraña.

¡Cuánto me ayuda me daña! Pero hablaré con mi esposa, aunque es ocasión odiosa pedirle celos también. ¡Mal haya el humilde, amén, que busca mujer hermosa!

Vase. Salen LEONARDO y el COMENDADOR

COMENDADOR: Por esta carta, como digo, manda su majestad, Leonardo

que le envíe de Ocaña y de su tierra alguna gente.

LEONARDO: ¡Y qué piensas hacer?

COMENDADOR: Que se echen bandos y que se alisten de valientes mozos hasta doscientos hombres, repartidos en dos lucida compañías, ciento de gente labradora y ciento hidalgos.

LEONARDO: ¿Y no será mejor hidalgos todos?

COMENDADOR: No caminas al paso de mi intento, y así vas lejos de mi pensamiento. De estos cien labradores hacer quiero cabeza y capitán a Peribáñez, y con esta invención tenerle ausente.

LEONARDO: ¡Extrañas cosas piensan los amantes!

COMENDADOR: Amor es guerra y cuanto piensa, arduos. ¿Si habrá venido ya?

LEONARDO: Luján me dijo que a comer le esperaban y que estaba Casilda llena de congoja y miedo.

Supo después de Inés que no diría cosa de lo pasado aquella noche y que, de acuerdo de las dos, pensaba disimular, por no causarle pena; a que, viéndola triste y afligida, no se atreviese a declarar su pecho, lo que después para servirte haría.

COMENDADOR: ¡Rigurosa mujer! ¡Maldiga el cielo el punto en que caí, pues no he podido desde entonces, Leonardo, levantarme de los umbrales de su puerta!

LEONARDO: Calla, que más fuerte era Troya y la conquista derribó sus murallas por el suelo. Son estas labradoras encogidas y, por hallarse indignas, las más veces niegan, señor, lo mismo que desean. Ausenta a su marido honradamente, que tú verás el fin de tu deseo.

COMENDADOR: Quiéralo mi ventura, que te juro que, habiendo sido en tantas ocasiones tan animoso como sabe el mundo, en ésta voy con un temor notable.

LEONARDO: Bueno será saber si Pedro viene.

COMENDADOR: Parte, Leonardo, y de tu Inés te informa, sin que pases la calle ni levantes los ojos a ventana o puerta suya.

LEONARDO: Exceso es ya tan gran desconfianza, porque ninguno amó sin esperanza.

Vase LEONARDO

COMENDADOR: Cuentan de un rey que a un árbol adoraba, y que un mancebo a un mármol asistía, a quien, sin dividirse noche y día, sin amores y quejas le contaba.

Pero el que un tronco y una piedra amaba, más esperanza de su bien tenía, pues, en fin, acercársele podía, y a hurto de la gente le abrazaba.

¡Mísero yo, que adoro en otro muro colgada aquella ingrata y verde hiedra, cuya dureza enternecer procuro!

Tal es el fin que mi esperanza medra; mas, pues que de morir estoy seguro, ¡plega al amor que te convierta en piedra!

Vase. Salen PERIBÁÑEZ y ANTÓN

PERIBÁÑEZ: Vos os podéis ir, Antón, a vuestra casa, que es justo.

ANTÓN: Y vos, ¿no fuera razón?

PERIBÁÑEZ: Ver mis segadores gusto, pues llego a buena ocasión.

que la haza cae aquí.

ANTÓN: ¿Y no fuera mejor haza vuestra Casilda?

PERIBÁÑEZ: Es así, pero quiero darles traza de lo que han de hacer, por mí.

Id a ver vuesa mujer, y a la mía así de paso decid que me quedo a ver nuestra hacienda.

ANTÓN: (¡Extraño caso! ***Aparte***

No quiero darle a entender

que entiendo su pensamiento.) Quedad con Dios.

Vase ANTÓN

PERIBÁÑEZ: Él os guarde. Tanta es la afrenta que siento, que sólo por entrar tarde hice aqueste fingimiento.

¡Triste yo! Si no es culpada Casilda, ¿por qué rehúyo el

verla? ¡Ay mi prenda amada!

Para tu gracia atribuyo mi fortuna desgraciada.

Si tan hermosa no fueras, claro está que no le dieras al señor Comendador causa de tan loco amor. Éstos son mi trigo y eras.

¡Con qué diversa alegría, oh campos, pensé miraros cuando contento vivía!

Porque viniendo a sembraros, otra esperanza tenía.

Con alegre corazón pensé de vuestras espigas henchir mis trojes, que son agora eternas fatigas de mi perdida opinión.

Se oyen voces

Mas quiero disimular, que ya sus relinchos siento. Oírlos quiero cantar, porque en ajeno instrumento comienza el alma a llorar.

Dentro grita como que siegan

MENDO: Date más priesa, Bartol, mira que la noche baja, y se va a poner el sol.

BARTOLO: Bien cena quien bien trabaja, dice el refrán español.

LLORENTE: Échote una pulla, Andrés: que te bebas media azumbre.

CHAPARRO: Échame otras dos, Ginés.

PERIBÁÑEZ: Todo me da pesadumbre, todo mi desdicha es.

MENDO: Canta, Llorente, el cantar de la mujer de miesamo.

PERIBÁÑEZ: ¿Qué tengo más que esperar? La vida, cielos, desamo.
¿Quién me la quiere quitar?

Canta un SEGADOR

SEGADOR: *«La mujer de Peribáñez hermosa es a maravilla; el Comendador de Ocaña de amores la requería. La mujer es virtuosa cuanto hermosa y cuanto linda; mientras Pedro está en Toledo de esta suerte respondía: Más quiero yo a Peribáñez con su capa la pardilla, que no a vos, Comendador, con la vuesa guarnecida.»*

PERIBÁÑEZ: Notable aliento he cobrado con oír esta canción, porque lo que ésta ha cantado las mismas verdades son que en mi ausencia habrán pasado.

¡Oh cuánto le debe al cielo quien tiene buena mujer! Que el jornal dejan, recelo. Aquí me quiero esconder. ¡Ojalá se abriera el suelo!

Que aunque en gran satisfacción, Casilda, de ti me pones, pena tengo con razón, porque honor que anda en canciones tiene dudosa opinión.

Vase. Salen INÉS y CASILDA

CASILDA: ¿Tú me habías de decir desatino semejante?

INÉS: Deja que pase adelante.

CASILDA: Ya, ¿cómo te puedo oír?

INÉS: Prima, no me has entendido, y este preciarte de amar a Pedro te hace pensar que ya está Pedro ofendido.

Lo que yo te digo a ti es cosa que a mí me toca.

CASILDA: ¿A ti?

INÉS: Sí.

CASILDA: Yo estaba loca. Pues si a ti te toca, di.

INÉS: Leonardo, aquel caballero del Comendador, me ama y por su mujer me quiere.

CASILDA: Mira, prima, que te engaña.

INÉS: Yo sé, Casilda, que soy

CASILDA: su misma vida.

Repara que son sirenas los hombres, que para matarnos cantan.

INÉS: Yo tengo cédula suya.

CASILDA: Inés, plumas y palabras todas se las lleva el viento. Muchas damas tiene Ocaña con ricos dotes, y tú ni eres muy rica ni hidalga.

INÉS: Prima, si con el desdén que agora comienzas, tratas al

señor Comendador, falsas son mis esperanzas, todo mi remedio impides.

CASILDA: ¿Ves, Inés, cómo te engañas, pues por que me digas eso quiere fingir que te ama?

INÉS: Hablar bien no quita honor, que yo no digo que salgas a recibirle a la puerta ni a verle por la ventana.

CASILDA: Si te importara la vida, no le mirara la cara.
Y advierte que no le nombres, o no entres más en mi casa, que del ver viene el oír, y de las locas palabras vienen las infames obras.

Sale PERIBÁÑEZ con una alforjas en las manos

PERIBÁÑEZ: ¡Esposa!

CASILDA: ¡Luz de mi alma!

PERIBÁÑEZ: ¿Estás buena?

CASILDA: Estoy sin ti. ¿Vienes bueno?

PERIBÁÑEZ: El verte basta para que salud me sobre. ¡Prima!

INÉS: ¡Primo!

PERIBÁÑEZ: ¿Qué me falta, si juntas os veo?

CASILDA: Estoy a nuestra Inés obligada, que me ha hecho compañía lo que has faltado de Ocaña.

PERIBÁÑEZ: A su casamiento rompas dos chinelas argentadas, y yo los zapatos nuevos que siempre en bodas se calzan.

CASILDA: ¿Qué me traes de Toledo?

PERIBÁÑEZ: Deseos, que por ser carga tan pesada, no he podido traerte joyas ni galas. Con todo, te traigo aquí para esos pies, que bien hayan, unas chinelas abiertas que abrochan cintas de nácar. Traigo más: seis tocas rizas, y para prender las sayas dos cintas de vara y media con sus herretes de plata.

CASILDA: Mil años te guarde el cielo.

PERIBÁÑEZ: Sucedióme una desgracia, que a la fe que fue milagro llegar con vida a mi casa.

CASILDA: ¡Ay, Jesús! Toda me turbas.

PERIBÁÑEZ: Caí de unas cuestras altas sobre una piedras.

CASILDA: ¿Qué dices?

PERIBÁÑEZ: Que si no me encomendara al santo en cuyo servicio caí de la yegua baya, a estas horas estoy muerto.

CASILDA: Toda me tienes helada.

PERIBÁÑEZ: Prometile la mejor prenda que hubiese en mi casa para honor de su capilla, y así quiero que mañana quiten estos reposteros nos harán poca falta, y cuelguen en las paredes de aquella su ermita santa en justo agradecimiento.

CASILDA: Si fueran paños de Francia, de oro, seda, perlas, piedras, no replicara palabra.

PERIBÁÑEZ: Pienso que nos está bien que no están en nuestra casa paños con armas ajenas; no murmuren en Ocaña que un villano Labrador cerca su inocente cama de paños comendadores llenos de blasones y armas. Timbre y plumas no están bien entre el arado y la pala, biello, trillo y azadón, que en nuestras pareces blancas no han de estar cruces de seda, sino de espigas y pajas con algunas amapolas, manzanillas y retamas. Yo, ¿qué moros he vencido para castillos y bandas? Fuera de que sólo quiero que haya imágenes pintadas: la Anunciación, la Asunción, San Francisco con sus llagas, San Pedro mártir, San Blas contra el mal de la garganta, San Sebastián y San Roque, y otras pinturas sagradas, que retratos es tener en las pareces fantasmas. Uno vi yo, que quisiera... Pero no quisiera nada. Vamos a cenar, Casilda, y apercibanme la cama.

CASILDA: ¿No estás bueno?

PERIBÁÑEZ: Bueno estoy.

Sale LUJÁN

LUJÁN: Aquí un criado te aguarda del Comendador.

PERIBÁÑEZ: ¿De quién?

LUJÁN: Del Comendador de Ocaña.

PERIBÁÑEZ: Pues, ¿qué me quiere a estas horas?

LUJÁN: Eso sabrás si le hablas.

PERIBÁÑEZ: ¡Eres tú aquel segador que anteayer entró en mi casa?

LUJÁN: ¿Tan presto me desconoces?
 PERIBÁÑEZ: Donde tantos hombres andan, no te espantes.
 LUJÁN: (Malo es esto.) *Aparte*
 INÉS: (Con muchos sentidos habla.) *Aparte*
 PERIBÁÑEZ: (¿El Comendador a mí?) *Aparte*
 ¿Ay, honra, al cuidado ingrata! Si eres vidrio, al mejor
 vidrio cualquiera golpe le basta.)

Vanse

ACTO TERCERO

Salen el COMENDADOR y LEONARDO

COMENDADOR: Cuéntame, Leonardo, breve lo que ha pasado en Toledo.
 LEONARDO: Lo que referirte puedo, puesto que a ceñirlo pruebe
 en las más breves razones, quiere más paciencia.
 COMENDADOR: Advierte que soy un sano a la muerte, y qué remedios
 me pones.
 LEONARDO: El rey Enrique el Tercero, que hoy Justiciero llaman,
 porque Catón y Aristides en la equidad no le igualan, el
 año de cuatrocientos y seis sobre mil estaba
 en la villa de Madrid, donde le vinieron cartas, que,
 quebrándole las treguas el rey moro de Granada, no
 queriéndole volver
 por promesas y amenazas el castillo de Ayamonte, ni
 menos pagarle parias, determinó hacerle guerra; y para
 que la jornada
 fuese como convenía a un rey el mayor de España, y le
 ayudasen sus deudos de Aragón y de Navarra, juntó cortes
 en Toledo,
 donde al presente se hallan prelados y caballeros, villas y
 ciudades varias. Digo sus procuradores, donde en su real
 alcázar
 la disposición de todo con justos acuerdos tratan el obispo
 de Sigüenza, que la insigne iglesia santa rige de Toledo
 ahora,
 porque está su silla vaca por la muerte de don Pedro
 Tenorio, varón de fama; el obispo de Palencia, don Sancho
 de Rojas, clara
 imagen de sus pasados, y que el de Toledo aguarda; don
 Pablo el de Cartagena,
 a quien ya a Burgos señalan; el gallardo don Fadrique,
 hoy conde de Trastámara, aunque ya duque de Arjona toda
 la corte le llama, y don Enrique Manuel, primos del rey,
 que bastaban,
 no de Granada, de Troya ser incendio sus espadas; Ruy
 López de Ávalos, grande por la dicha y por las armas,
 Condestable de Castilla,
 alta gloria de su casa, el Camarero mayor del Rey, por
 sangre heredada y virtud propia, aunque tiene también de
 quién heredarla, por Juan de Velasco digo, digno de toda
 alabanza; don Diego López de Estúñiga, que Justicia mayor
 llaman; y el mayor Adelantado de Castilla, de quien basta
 decir que es Gómez Manrique, de cuyas historias largas
 tienen Granada y Castilla cosas tan raras y extrañas; los
 odores del Audiencia del Rey y que el reino amparan: Pero
 Sánchez del Castillo, Rodríguez de Salamanca, Periañez...
 COMENDADOR: Detente.
 ¿Qué Periañez? Aguarda, que la sangre se me huela con ese
 nombre.
 LEONARDO: ¡Oh qué gracia!
 Háblote de los odores del Rey y del que se llama
 Peribáñez, imaginas que es el labrador de Ocaña.
 COMENDADOR: Si hasta agora te pedía la relación y la causa la jornada del
 Rey, ya no me atrevo a escucharla. Eso ¿todo se resuelve
 en que el Rey hace jornada con lo mejor de Castilla a las
 fronteras que guardan, con favor del granadino, los que le
 niegan las parias?
 LEONARDO: Eso es todo.

COMENDADOR: Pues advierte Cno lo que me es de importanciaC que mientras fuiste a Toledo tuvo ejecución la traza.
Con Peribáñez hablé, y le dije que gustaba de nombrarle capitán de cien hombres de labranza, y que se pusiese a punto. Parecióle que le honraba, como es verdad, a no ser honra aforrada en infamia. Quiso ganarla en efeto, gastó su hacendilla en galas, y sacó su compañía ayer, Leonardo, a la plaza, hoy, según Luján me ha dicho, con ella a Toledo marcha.
LEONARDO: ¡Buena te deja a Casilda, tan villana y tan ingrata como siempre!
COMENDADOR: Sí, mas mira que amor en ausencia larga hará el efeto que suele en piedra el curso del agua.

Tocan cajas

LEONARDO: Pero ¿qué cajas son éstas?
COMENDADOR: No dudes que son sus cajas. Tu alférez trae los hidalgos. Toma, Leonardo, tus armas, por que mejor le engañemos, para que a la vista salgas también con tu compañía.
LEONARDO: Ya llegan. Aquí me aguarda.

Vase Leonardo. Sale una compañía de labradores, armados graciosamente, y detrás PERIBÁÑEZ con espada y daga

PERIBÁÑEZ: No me quise despedir sin ver a su señoría.
COMENDADOR: Estimo la cortesía.
PERIBÁÑEZ: Yo os voy, señor, a servir.
COMENDADOR: Decid al Rey mi señor.
PERIBÁÑEZ: Al Rey y a vos...
COMENDADOR: Está bien.
PERIBÁÑEZ: ...que al Rey es justo, y también a vos, por quien tengo honor;
que yo, ¿cuándo mereciera ver mi azadón y gabán con nombre de capitán, con jineta y con bandera del Rey, a cuyos oídos mi nombre llegar no puede porque su estatura excede todos mis cinco sentidos?
Guárdeos muchos años Dios.
COMENDADOR: Y os traiga, Pedro, con bien.
PERIBÁÑEZ: ¿Vengo bien vestido?
COMENDADOR: Bien. No hay diferencia en los dos.
PERIBÁÑEZ: Sola una cosa querría. No sé si a vos os agrada.
COMENDADOR: Decid, a ver.
PERIBÁÑEZ: Que la espada me ciña su señoría, para que así vaya honrado.
COMENDADOR: Mostrad, haréos caballero, que de esos bríos espero, Pedro, un valiente soldado.
PERIBÁÑEZ: ¡Pardiez, señor, hela aquí! Cíñamela su mercé.
COMENDADOR: Esperad, os la pondré, por que la llevéis por mí.
BELARDO: Híncate, Blas, de rodillas; que le quieren her hidalgo.
BLAS: Pues ¿quedará falto en algo?
BELARDO: En mucho, si no te humillas.
BLAS: Belardo, vos, que sois viejo, ¿hanle de dar con la espada?
BELARDO: Yo de mi burra manchada, de su albarda y aparejo entiendo más que de armar caballeros de Castilla.
COMENDADOR: Ya os he puesto la cuchilla.
PERIBÁÑEZ: ¿Qué falta agora?
COMENDADOR: Jurar que a Dios, supremo Señor, y al Rey serviréis con ella.
PERIBÁÑEZ: Eso juro, y de traella en defensa de mi honor, del cual, pues voy a la guerra, adonde vos me mandáis, ya por defensa quedáis, como señor de esta tierra.
Mi casa y mujer, que dejo por vos, recién desposado, remito a vuestro cuidado cuando de los dos me alejo.
Esto os fío, porque es más que la vida con quien voy; que, aunque tan seguro estoy que no la ofendan jamás, gusto que vos la guardéis, y corra por vos, a efeto de que, como tan discreto, lo que es el honor sabéis;

que con él no se permite que hacienda y vida se iguale, y quien sabe lo que vale, no es posible que le quite. Vos me ceñistes espada, con que ya entiendo de honor, que antes yo pienso, señor, que entendiera poco o nada. Y pues iguales los dos con este honor me dejáis, mirad cómo le guardáis, o quejaréme de vos.

COMENDADOR: Yo os doy licencia, si hiciere en guardarle deslealtad, que de mí os quejéis.

PERIBÁÑEZ: Marchad, y venga lo que viniere.

Vanse, marchando detrás con graciosa arrogancia

COMENDADOR: Algo confuso me deja el estilo con que habla, porque parece que entabla o la venganza o la queja.

Pero es que, como he tenido el pensamiento culpado, con mi malicia he juzgado lo que su inocencia ha sido.

Y cuando pudiera ser malicia lo que entendí, ¿dónde ha de haber contra mí en un villano poder?

Esta noche has de ser mía, villana rebelde, ingrata, por que muera quien me mata antes que amanezca el día.

Vanse. Salen en lo alto COSTANZA, CASILDA e INÉS

COSTANZA: En fin ¿se ausenta tu esposo?

CASILDA: Pedro a la guerra se va, que en la que me deja acá pudiera ser más famoso.

INÉS: Casilda, no te entenezcas, que el nombre de capitán no comoquiera le dan.

CASILDA: ¡Nunca estos nombres merezcas!

COSTANZA: A fe que tiene razón Inés, que entre tus iguales nunca he visto cargos tales, porque muy de hidalgos son.

Demás que tengo entendido que a Toledo solamente ha de llegar con la gente.

CASILDA: Pues si eso no hubiera sido,

¿quedárame vida a mí?

INÉS: La caja suena. ¿Si es él?

COSTANZA: De los que se van con él ten lástima, y no de ti.

La caja y salen PERIBÁÑEZ, con bandera, y los soldados

BELARDO: Véislas allí en el balcón, que me remozo de vellas; mas ya no soy para ellas, ni ellas para mí lo son.

PERIBÁÑEZ: ¿Tan viejo estáis ya, Belardo?

BELARDO: El gusto se acabó ya.

PERIBÁÑEZ: Algo de él os quedará bajo del capote pardo.

BELARDO: ¡Pardiez, señor capitán, tiempo hue que al sol y al aire solía hacerme donaire, ya pastor, ya sacristán!

Cayó un año mucha nieve, y como lo rucio vi, a la Iglesia me acogí.

PERIBÁÑEZ: ¿Tendréis tres dieces y un nueve?

BELARDO: Esos y otros tres decía un aya que me criaba, mas pienso que se olvidaba. ¡Poca memoria tenía!

Cuando la Cava nació me salió la primer muela.

PERIBÁÑEZ: ¿Ya íbades a la escuela?

BELARDO: Pudiera juraros yo

de lo que entonces sabía, pero mil dan a entender que apenas supe leer, y es lo más cierto, a fe mía;

que como en gracia se lleva danzar, cantar o tañer, yo sé escribir sin leer, que a fe que es gracia bien nueva.

CASILDA: ¡Ah gallardo capitán de mis tristes pensamientos!

PERIBÁÑEZ: ¡Ah dama la del balcón, por quien la bandera tengo!

CASILDA: ¿Vaisos de Ocaña, señor?

PERIBÁÑEZ: Señora, voy a Toledo a llevar estos soldados que dicen que son mis celos.

CASILDA: Si soldados los lleváis, ya no ternéis pena de ellos, que nunca el honor quebró en soldándose los celos.

PERIBÁÑEZ: No los llevo tan soldados que no tenga mucho miedo, no de vos, mas de la causa por quien sabéis que los llevo. Que si celos fueran tales que yo los llamara vuestros, ni ellos fueran donde van, ni yo, señora, con ellos. La seguridad,

que es paz de la guerra en que me veo, me lleva a Toledo, y fuera del mundo al último extremo. A despedirme de vos vengo y a decir que os dejo a vos de vos misma en guarda, porque en vos y con vos quedo, y que me deis el favor que a los capitanes nuevos suelen las damas que esperan de su guerra los trofeos. ¿No parece que ya os hablo a lo grave y caballero? ¡Quién dijera que un villano que ayer al rastrojo seco dientes menudos ponía de la hoz corva de acero, pies en las tintas uvas, rebosando el mosto negro por encima del lagar, la tosca mano al hierro del arado, hoy os hablara en lenguaje soldadesco, con plumas de presunción espada de atrevimiento! Pues sabed que soy hidalgo y que decir y hacer puedo, que el Comendador, Casilda, me la ciñó, cuando menos. Pero esté menos, si el cuando viene a ser cuando sospecho, por ventura será más, que yo no menos bueno.

CASILDA: Muchas cosas me decís en lengua que ya no entiendo; el favor sí, que yo sé que es bien debido a los vuestros. Mas ¿qué podrá una villana dar a un capitán?

PERIBÁÑEZ: No quiero que os tratéis así.

CASILDA: Tomad, mi Pedro, este listón negro.

PERIBÁÑEZ: ¿Negro me lo dais, esposa?

CASILDA: Pues ¿hay en la guerra agüeros?

PERIBÁÑEZ: Es favor desesperado; promete luto o destierro.

BLAS: Y vos, señora Costanza, ¿no dais por tantos requiebros alguna prenda a un soldado?

COSTANZA: Bras, esa cinta de perro, aunque tú vas donde hay tantos, que las podrás hacer de ellos.

BLAS: ¡Plega a Dios que los moriscos las hagan de mi pellejo si no dejaré matados cuantos me fueren huyendo!

INÉS: ¿No pides favor, Belardo?

BELARDO: Inés, por soldado viejo, ya que no por nuevo amante, de tus manos le merezco.

INÉS: Tomad aqueste chapín.

BELARDO: No, señora, detenedlo, que favor de chapinazo, desde tan alto, no es bueno.

INÉS: Traedme un moro, Belardo.

BELARDO: Días ha que ando tras ellos. Mas, si no viniere en prosa, desde aquí le ofrezco en verso.

Sale LEONARDO, capitán, caja y bandera y compañía de hidalgos

LEONARDO: Vayan marchando, soldados, con el orden que decía.

INÉS: ¿Qué es esto?

COSTANZA: La compañía de los hidalgos cansados.

INÉS: Más lucidos han salido nuestros fuertes labradores.

COSTANZA: Si son las galas mejores, los ánimos no lo han sido.

PERIBÁÑEZ: ¡Hola! Todo hombre esté en vela y muestre gallardos bríos.

BELARDO: ¡Que piensen estos judíos que nos mean la pajuela!

INÉS: Déles un gentil barzón muesa gente por delante.

PERIBÁÑEZ: ¡Hola! Nadie se adelante, siga a ballesta lanzón.

Va una compañía al derredor de la otra, mirándose

BLAS: Agora es tiempo, Belardo, de mostrar brío.

BELARDO: Callad, que a la más caduca edad suple un ánimo gallardo.

LEONARDO: ¡Basta que los labradores compiten con los hidalgos!

BELARDO: Éstos huirán como galgos.

BLAS: No habrá ciervos corredores como éstos, en viendo un moro, y aún basta oírlo decir.

BELARDO: Ya los vi a todos huir cuando corrimos el toro.

Vanse los labradores

LEONARDO: Ya se han traspuesto. ¡Ce! ¡Inés!

INÉS: ¿Eres tú, mi capitán?

LEONARDO: ¿Por qué tus primas se van?

INÉS: ¿No sabes ya por lo que es?

Casilda es como una roca. Esta noche hay mal humor.

LEONARDO: ¿No podrá el Comendador verla un rato?
 INÉS: Punto en boca, que yo le daré lugar cuando imagine que llega Pedro a alojarse.
 LEONARDO: Pues ciega, si me quieres obligar, los ojos de esta mujer, que tanto mira su honor, porque está el Comendador para morir desde ayer.
 INÉS: Dile que venga a la calle.
 LEONARDO: ¿Qué señas?
 INÉS: Quien cante bien.
 LEONARDO: Pues adiós.
 INÉS: ¿Vendrás también?
 LEONARDO: Al alférez pienso dalle estos bravos españoles, y yo volverme al lugar.
 INÉS: Adiós.
 LEONARDO: Toca a marchar, que ya se han puesto dos soles.

Vanse. Sale el COMENDADOR, en casa con ropa, y LUJÁN, lacayo

COMENDADOR: En fin, ¿le viste partir?
 LUJÁN: Y en una yegua marchar, notable para alcanzar y famosa para huír.
 Si vieras cómo regía Peribáñez sus soldados, te quitara mil cuidados.
 COMENDADOR: Es muy gentil compañía, pero a la de su mujer tengo más envidia yo.
 LUJÁN: Quien no siguió, no alcanzó.
 COMENDADOR: Luján, mañana a comer en la ciudad estarán.
 LUJÁN: Como esta noche alojaren.
 COMENDADOR: Yo te digo que no paren soldados ni capitán.
 LUJÁN: Como es gente de labor, y es pequeña la jornada, y va la danza engañada con el son del atambor, no dudo que sin parar vayan a Granada así.
 COMENDADOR: ¿Cómo pasará por mí el tiempo que ha de tardar desde aquí hasta las diez?
 LUJÁN: Son casi las nueve. No seas tan triste, que cuando veas el cabello a la Ocasión, pierdas el gusto esperando; que la esperanza entretiene.
 COMENDADOR: Es, cuando el bien se detiene, esperar desesperando.
 LUJÁN: Y Leonardo, ¿ha de venir?
 COMENDADOR: ¿No ves que el concierto es que se case con Inés, que es quien la puerta ha de abrir?
 LUJÁN: ¿Qué señas ha de llevar?
 COMENDADOR: Unos músicos que canten.
 LUJÁN: ¿Cosa que la caza espanten?
 COMENDADOR: Antes nos darán lugar para que con el ruido nadie sienta lo que pasa de abrir ni cerrar la casa.
 LUJÁN: Todo está bien prevenido.
 Mas dicen que en un lugar una parentela toda se juntó para una boda, ya a comer y ya a bailar.
 Vino el cura y desposado, la madrina y el padrino, y el tamboril también vino con un salterio extremado.
 Mas dicen que no tenían de la desposada el sí, porque decía que allí sin su gusto la traían.
 Junta pues la gente toda, el cura le preguntó, dijo tres veces que no, y deshízose la boda.
 COMENDADOR: ¿Quieres decir que nos falta entre tantas prevenciones el sí de Casilda?
 LUJÁN: Pones el hombro a empresa muy alta de parte de su dureza y era menester el sí.
 COMENDADOR: No va mal trazado así; que su villana aspereza no se ha de rendir por ruegos; por engaños ha de ser.
 LUJÁN: Bien puede bien suceder, mas pienso que vamos ciegos.

Salen un CRIADO y los MÚSICOS

PAJE: Los músicos han venido.
 MUSICO 1º: Aquí, señor, hasta el día, tiene vuesa señoría a Lisardo y a

Leonido.

COMENDADOR: ¡Oh amigos! Agradeced que este pensamiento os fío, que es de honor y, en fin, es mío.

MUSICO 2º : Siempre nos haces merced.

COMENDADOR: ¿Dan las once?

LUJÁN: Una, dos, tres... No dio más.

MÚSICO 2º : Contaste mal. Ocho eran dadas.

COMENDADOR: ¿Hay tal? ¡Que aun de mala gana des las que da el reloj de buena!

LUJÁN: Si esperas que sea más tarde, las tres cuento.

COMENDADOR: No hay qué aguarde.

LUJÁN: Sosiégate un poco, y cena.

COMENDADOR: ¡Mala Pascua te dé Dios! ¿Que cene dices?

LUJÁN: Pues bebe siquiera.

COMENDADOR: ¿Hay nieve?

PAJE: No hay nieve.

COMENDADOR: Repartidla entre los dos.

PAJE: La capa tienes aquí.

COMENDADOR: Muestra. ¿Qué es esto?

PAJE: Bayeta.

COMENDADOR: Cuanto miro me inquieta. Todos se burlan de mí.

PAJE: ¡Bestias! ¿De luto? ¿A qué efeto?

LUJÁN: ¿Quieres capa de color?

LUJÁN: Nunca a las cosas de amor va de color el discreto.

COMENDADOR: Por el color se dan señas de un hombre en un tribunal.

COMENDADOR: Muestra color, animal. ¿Sois criados o sois dueñas?

PAJE: Ves aquí color.

COMENDADOR: Yo voy, Amor, donde tú me guías. Da una noche a tantos días como en tu servicio estoy.

LUJÁN: ¿Iré yo contigo?

COMENDADOR: Sí, pues que Leonardo no viene. Templad, para ver si tiene templanza este fuego en mí.

Vanse. Sale PERIBÁÑEZ

PERIBÁÑEZ: ¡Bien haya el que tiene bestia de estas de huír y alcanzar, con que puede caminar sin pesadumbre y molestia!

Alojé mi compañía, y con ligereza extraña he dado la vuelta a Ocaña.

Oh, cuán bien decir podría: ¡Oh caña, la del honor!

Pues que no hay tan débil caña como el honor a quien daña de cualquier viento el rigor.

¡Caña de honor quebradiza, caña hueca y sin sustancia, de hojas de poca importancia con que su tronco entapiza!

¡Oh caña, toda aparato, caña fantástica y vil, para quebrada sutil, y verde tan breve rato!

Caña compuesta de nudos, y honor al fin de ellos lleno, sólo para sordos bueno y para vecinos mudos.

Aquí naciste en Ocaña conmigo al viento ligero; yo te cortaré primero que te quiebres, débil caña.

No acabo de agradecerme el haberte sustentado, yegua, que con tal cuidado supiste a Ocaña traerme.

¡Oh, bien haya la cebada que tantas veces te di!

Nunca de ti me serví en ocasión más honrada.

Ahora el provecho toco, contento y agradecido. Otras veces me has traído, pero fue pesando poco,

que la honra mucho alienta; y que te agradezca es bien que hayas corrido tan bien con la carga de mi afrenta.

Préciese de buena espada y de buena cota un hombre, del amigo de buen nombre y de opinión siempre honrada,

de un buen fieltro de camino y de otras cosas así, que una bestia es para mí un socorro peregrino.

¡Oh yegua! ¡En menos de un hora tres leguas! Al viento igualas, que si le pintan con alas, tú las tendrás desde ahora.

Ésta es la casa de Antón, cuyas paredes confinan con las

mías, que ya inclinan su peso a mi perdición.
Llamar quiero, que he pensado que será bien menester.
¡Ah de la casa!

Dentro ANTÓN

ANTÓN: ¡Hola mujer! ¿No os parece que han llamado?
PERIBÁÑEZ: ¡Peribáñez!
ANTÓN: ¿Quién golpea a tales horas?
PERIBÁÑEZ: Yo soy, Antón.
ANTÓN: Por la voz ya voy, aunque lo que fuere sea.

[Sale ANTÓN]

¿Quién es?
PERIBÁÑEZ: Quedo, Antón, amigo; Peribáñez soy.
ANTÓN: ¿Quién?
PERIBÁÑEZ: Yo, a quien hoy el cielo dio tan grave y crüel castigo.
ANTÓN: Vestido me eché a dormir porque pensé madrugar; ya me agradezco el no estar desnudo. ¿Puedoos servir?
PERIBÁÑEZ: Por vuesa casa, mi Antón, tengo de entrar en la mía, que ciertas cosas de día sombras por la noche son.
Ya sospecho que en Toledo algo entendiste de mí.
ANTÓN: Aunque callé, lo entendí. Pero aseguráros puedo que Casilda...
PERIBÁÑEZ: No hay que hablar. Por ángel tengo a Casilda.
ANTÓN: Pues regaladla y servilda.
PERIBÁÑEZ: Hermano, dejadme estar.
ANTÓN: Entrad, que si puerta os doy es por lo que de ella sé.
PERIBÁÑEZ: Como yo seguro esté, suyo para siempre soy.
ANTÓN: ¿Dónde dejáis los soldados?
PERIBÁÑEZ: Mi alférez con ellos va, que yo no he traído acá sino sólo mis cuidados.
Y no hizo la yegua poco en traernos a los dos, porque hay cuidado, por Dios, que basta a volverme loco.

Vanse. Sale el COMENDADOR y LUJÁN con broqueles, y los MÚSICOS

COMENDADOR: Aquí podéis comenzar para que os ayude el viento.
MÚSICO 2º: Va de letra.
COMENDADOR: ¡Oh cuánto siento esto que llaman templar!

Los MÚSICOS canten

*«Cogíme a tu puerta el toro, linda casada; no dijiste:
Dios te valga. El novillo de tu boda a tu puerta me cogió;
de la vuelta que me dio se rió la villa toda; y tú, grave y
burladora, linda casada, no dijiste: Dios te valga.»*

Sale INÉS a la puerta

INÉS: ¡Cese, señor don Fadrique!
COMENDADOR: ¿Es Inés?
INÉS: La misma soy.
COMENDADOR: En pena a las once estoy. Tu cuenta el perdón me aplique para que salga de pena.
INÉS: ¿Viene Leonardo?
COMENDADOR: Asegura a Peribáñez. Procura, Inés, mi entrada, y ordena que vea esa piedra hermosa, que ya Leonardo vendrá.
INÉS: ¿Tardará mucho?
COMENDADOR: No hará, pero fue cosa forzosa asegurar un marido tan malicioso.
INÉS: Yo creo que a estas horas el deseo de que le vean vestido de capitán en Toledo, le tendrá cerca de allá.
COMENDADOR: Durmiendo acaso estará. ¿Puedo entrar? Dime si puedo.
INÉS: Entra, que te detenía por si Leonardo llegaba.
LUJÁN: (Luján ha de entrar.) ***Aparte***
COMENDADOR: Acaba, Lisardo. Adiós, hasta el día.

Vanse. Quedan los MÚSICOS

MÚSICO 1º : El cielo os dé buen suceso.
MÚSICO 2º : ¿Dónde iremos?
MÚSICO 1º : A acostar.
MÚSICO 2º : ¡Bella moza!
MÚSICO 1º : Eso... callar.
MÚSICO 2º : Que tengo envidia confieso.

Vanse. Sale PERIBÁÑEZ, solo en su casa

PERIBÁÑEZ: Por las tapias de la huerta de Antón en mi casa entré, y de este portal hallé la de mi corral abierta.
En el gallinero quise estar oculto, mas hallo que puede ser que algún gallo mi cuidado los avise.
Con la luz de las esquinas le quise ver y advertir, y vile en medio dormir de veinte o treinta gallinas.
Que duermas, dije, me espantas, en tan dudosa fortuna; no puedo yo guardar una, y quieres tú guardar tantas.
No duermo yo, que sospecho y me da mortal congoja un gallo de cresta roja, porque la tiene en el pecho. Salí al fin y, cual ladrón de casa, hasta aquí me entré. Con las palomas topé, que de amor ejemplo son;
y como las vi arrullar, y con requiebros tan ricos a los pechos por los picos las almas comunicar,
dije: ¡Oh, maldígale Dios, aunque grave y altanero, al palomino extranjero que os alborota a los dos!
Los gansos han despertado, gruñe el lechón, y los bueyes braman; que de honor las leyes hasta el jumentillo atado
al pesebre con la sogá desasosiegan por mí, que soy su dueño, y aquí ven que ya el cordel me ahoga.
Gana me da de llorar. Lástima tengo de verme en tanto mal. Mas ¿si duerme Casilda? Aquí siento hablar.
En esta saca de harina me podré encubrir mejor, que si es el Comendador, lejos de aquí me imagina.

Escóndese. Salen INÉS y CASILDA

CASILDA: Gente digo que he sentido.
INÉS: Digo que te has engañado.
CASILDA: Tú con un hombre has hablado.
INÉS: ¿Yo?
CASILDA: Tú, pues.
INÉS: Tú, ¿lo has oído?
CASILDA: Pues si no hay malicia aquí, mira que serán ladrones.
INÉS: ¡Ladrones! Miedo me pones.
CASILDA: Da voces.
INÉS: Yo no.
CASILDA: Yo sí.
INÉS: Mira que es alborotar la vecindad sin razón.

Salen el COMENDADOR Y LUJÁN

COMENDADOR: Ya no puede mi afición sufrir, temer ni callar.
Yo soy el Comendador, yo soy tu señor.
CASILDA: No tengo señor más que a Pedro.
COMENDADOR: Vengo esclavo, aunque soy señor.
Duélete de mí, o diré que te hallé con el lacayo que miras.
CASILDA: Temiendo el rayo, del trueno no me espanté.
Pues, prima, ¡tú me has vendido!
INÉS: Anda, que es locura agora, siendo pobre labradora, y un villano tu marido,
dejar morir de dolor a un príncipe; que más va en su vida, ya que está en casa, que no en tu honor. Peribáñez fue a Toledo.
CASILDA: ¡Oh prima crüel y fiera, vuelta de prima, tercera!

COMENDADOR: Dejádme, a ver lo que puedo.

A INÉS

LUJÁN: Dejémoslos, que es mejor. A solas se entenderán.

Vanse

CASILDA: Mujer soy de un capitán, si vos sois comendador.

Y no os acerquéis a mí, porque a bocados y a coces os haré...

COMENDADOR: Paso, y sin voces.

PERIBÁÑEZ: (¡Ay honra! ¿Qué aguardo aquí?

Aparte

Mas soy pobre labrador bien será llegar y hablarle pero mejor es matarle.) Perdonad, Comendador,

que la honra es encomienda de mayor autoridad.

Hiere al COMENDADOR

COMENDADOR: ¡Jesús! ¡Muerto soy! ¡Piedad!

PERIBÁÑEZ: No temas, querida prenda,
mas sígueme por aquí.

CASILDA: No te hablo de turbada.

Vanse. Siéntese el COMENDADOR en una silla

COMENDADOR: Señor, tu sangre sagrada se duela agora de mí,
pues me ha dejado la herida pedir perdón a un vasallo.

Sale LEONARDO

LEONARDO: Todo en confusión lo hallo. Ah, Inés! ¿Estás escondida?
¡Inés!

COMENDADOR: Voces oigo aquí. ¿Quien llama?

LEONARDO: Yo soy, Inés.

COMENDADOR: ¡Ay Leonardo! ¿No me ves?

LEONARDO: ¿Mi señor?

COMENDADOR: Leonardo, sí.

LEONARDO: ¿Qué te ha dado? Que parece que muy desmayado estás.

COMENDADOR: Díome la muerte no más. Más el que ofende merece.

LEONARDO: ¡Herido! ¿De quién?

COMENDADOR: No quiero voces ni venganzas ya. Mi vida en peligro está, sola la del alma espero.

No busques ni hagas extremos, pues me han muerto con razón. Llévame a dar confesión y las venganzas dejemos.

A Peribáñez perdono.

LEONARDO: ¿Que un villano te mató y que no lo vengo yo? Esto siento.

COMENDADOR: Yo le abono.

No es villano, es caballero; que pues le ceñí la espada con la guarnición dorada, no ha empleado mal su acero.

LEONARDO: Vamos, llamaré a la puerta del Remedio.

COMENDADOR: Sólo es Dios.

Vanse. Salen LUJÁN, enharinado; INÉS, PERIBÁÑEZ, y CASILDA

PERIBÁÑEZ: Aquí moriréis los dos.

INÉS: Ya estoy, sin heridas, muerta.

LUJÁN: Desventurado Luján, ¿dónde podrás esconderte?

PERIBÁÑEZ: Ya no se excusa tu muerte.

LUJÁN: ¿Por qué, señor capitán?

PERIBÁÑEZ: Por fingido segador.

INÉS: Y a mí, ¿por qué?

PERIBÁÑEZ: Por traidora.

Huye LUJÁN, herido, y luego INÉS

LUJÁN: ¡Muerto soy!

INÉS: ¡Prima y señora!

CASILDA: No hay sangre donde hay honor.

PERIBÁÑEZ: Cayeron en el portal.

CASILDA: Muy justo ha sido el castigo.

PERIBÁÑEZ: ¿No irás, Casilda, conmigo?

CASILDA: Tuya soy al bien o al mal.
PERIBÁÑEZ: A las ancas de esa yegua amanecerás conmigo en Toledo.
CASILDA: Y a pie, digo.
PERIBÁÑEZ: Tierra en medio es buena tregua
en todo acontecimiento, y no aguardar al rigor.
CASILDA: Dios haya al Comendador. Matóle su atrevimiento.

Vanse. Salen el REY Enrique y el CONDESTABLE

REY: Alégrame de ver con qué alegría Castilla toda a la
jornada viene.
CONDESTABLE: Aborrecen, señor, la monarquía que en nuestra España el
africano tiene.
REY: Libre pienso dejar la Andalucía, si el ejército nuestro se
previene, antes que el duro invierno con su hielo cubra los
campos y enternezca el suelo.
Iréis, Juan de Velasco, previniendo, pues que la Vega da
lugar bastante, el alarde famoso que pretendo, por que la
fama del concurso espante por ese Tajo aurífero, y
subiendo al muro por escalas de diamante, mire de
pabellones y de tiendas otro Toledo por las verdes sendas.
Tiemble en Granada el atrevido moro de las rojas
banderas y pendones. Convierta su alegría en triste lloro.
CONDESTABLE: Hoy me verás formar los escuadrones.
REY: La Reina viene, su presencia adoro. No ayuda mal en estas
ocasiones.

Salen la REINA y acompañamiento

REINA: Si es de importancia, volveréme luego.
REY: Cuando lo sea, que no os vais os ruego.
¿Qué puedo yo tratar de paz, señora, en que vos no
podáis darme consejo? Y si es de guerra lo que trato agora,
¿cuándo con vos, mi bien, no me aconsejo? ¿Cómo queda
don Juan?
REINA: Por veros llora.
REY: Guárdele Dios, que es un divino espejo donde se ven agora
retratados, mejor que los presentes, los pasados.
REINA: El príncipe don Juan es hijo vuestro; con esto sólo
encarecido queda.
REY: Mas con decir que es vuestro, siendo nuestro, él mismo
dice la virtud que hereda.
REINA: Hágale el cielo en imitaros diestro, que con esto no más
que le conceda, le ha dado todo el bien que le deseo.
REY: De vuestro generoso amor lo creo.
REINA: Como tiene dos años, le quisiera de edad que esta
jornada acompañara vuestras banderas.
REY: ¡Ojalá pudiera, y a ensalzar la de Cristo comenzara!

Sale GÓMEZ Manrique

[REY:] ¿Qué caja es esa?
GÓMEZ: Gente de la Vera y Extremadura.
CONDESTABLE: De Guadalajara y Atienza pasa gente.
REY: ¿Y la de Ocaña?
GÓMEZ: Quédase atrás por una triste hazaña.
REY: ¿Cómo?
GÓMEZ: Dice la gente que ha llegado que a don Fadrique un
labrador ha muerto.
REY: ¿A don Fadrique y al mejor soldado que trujo roja cruz?
REINA: ¿Cierto?
GÓMEZ: Y muy cierto.
REY: En el alma, señora, me ha pesado. ¿Cómo fue tan notable
desconcierto?
GÓMEZ: Por celos.
REY: ¿Fueron justos?
GÓMEZ: Fueron locos.
REINA: Celos, señor, y cuerdos, habrá pocos.
REY: ¿Está preso el villano?

GÓMEZ: Huyóse luego con su mujer.
REY: ¡Qué desvergüenza extraña! ¿Con estas nuevas a Toledo llego? ¿Así de mi justicia tiembla España? Dad un pregón en la ciudad, os ruego, Madrid, Segovia, Talavera, Ocaña. que a quien los diere presos, o sean muertos, tendrán de renta mil escudos ciertos.
Id luego y que ninguno los encubra ni pueda dar sustento ni otra cosa, so pena de la vida.
GÓMEZ: Voy.

Vase

REY: ¡Que cubra el cielo aquella mano rigurosa!
REINA: Confíad que tan presto se descubra, cuanto llega la fama codiciosa del oro prometido.

Sale un PAJE

PAJE: Aquí está Arceo, acabado el guión.
REY: Verle deseo.

Sale un SECRETARIO con un pendón rojo, y en él las armas de Castilla con una mano arriba que tiene una espada, y en la otra banda un Cristo crucificado

SECRETARIO: Éste, señor, el guión.
REY: Mostrad. Paréceme bien, que este capitán también lo fue de mi redención.
REINA: ¿Qué dicen las letras?
REY: Dicen: «Juzga tu causa, Señor.»
REINA: Palabras son de temor.
REY: Y es razón que atemoricen.
REINA: De esotra parte ¿qué está?
REY: El castillo y el león, y esta mano por blasón, que va castigando ya.
REINA: ¿La letra?
REY: Sólo mi nombre.
REINA: ¿Cómo?
REY: «Enrique Justiciero,» que ya, en lugar del Tercero, quiero que este nombre asombre.

Sale GÓMEZ

GÓMEZ: Ya se van dando pregones, con llanto de la ciudad.
REINA: Las piedras mueve a piedad.
REY: ¡Basta que los azadones
a las cruces de Santiago se igualan! ¿Cómo o por dónde?
REINA: ¡Triste de él si no se esconde!
REY: Voto y juramento hago
de hacer en él un castigo que ponga al mundo temor.

Sale un PAJE

PAJE: Aquí dice un labrador que le importa hablar contigo.

Sale PERIBÁÑEZ, todo de labrador, con capa larga y su mujer, CASILDA

REY: Señora, tomemos sillas.
CONDESTABLE: Éste algún aviso es.
PERIBÁÑEZ: Dame, gran señor, tus pies.
REY: Habla, y no estés de rodillas.
PERIBÁÑEZ: ¿Cómo, señor, puedo hablar, si me ha faltado la habla y turbados los sentidos después que miré tu cara? Pero, siéndome forzoso, con la justa confianza que tengo de tu justicia, comienzo tales palabras. Yo soy Peribáñez
REY: ¿Quién?
PERIBÁÑEZ: Peribáñez, el de Ocaña.
REY: ¡Matadle, guardas, matadle!
REINA: No en mis ojos. Tenéos, guardas.
REY: Tened respeto a la Reina.
PERIBÁÑEZ: Pues ya que matarme mandas, ¿no me oirás siquiera,

Enrique, pues Justiciero te llaman?

REINA: Bien dice. Oíde, señor.

REY: Bien decís; no me acordaba que las partes se han de oír, y más cuando son tan flacas. Prosigue.

PERIBÁÑEZ: Yo soy un hombre, aunque de villana casta, limpio de sangre, y jamás de hebrea o mora manchada. Fui el mejor de mis iguales, y en cuantas cosas trataban me dieron primero voto, y truje seis años vara. Caséme con la que ves, también limpia, aunque villana, virtuosa, si la ha visto la envidia asida a la fama. El Comendador Fadrique, de vuesa villa de Ocaña, señor y Comendador, dio, como mozo, en amarla. Fingiéndolo que por servicios, honró mis humildes casas de unos reposteros, que eran cubiertos de tales cargas. Dióme un par de mulas buenas, mas no tan buenas que sacan este carro de mi honra de los lodos de mi infamia. Con esto intentó una noche, que ausente de Ocaña estaba, forzar mi mujer, mas fuese con la esperanza burlada. Vine yo, súpelo todo, y de las paredes bajas quité las armas que al toro pudieran servir de capa. Advertí mejor su intento, mas llamóme una mañana y díjome que tenía de Vuestras Altezas cartas para que con gente alguna le sirviese esta jornada. En fin, de cien labradores me dio la valiente escuadra. Con nombre de capitán salí con ellos de Ocaña; y como vi que de noche era mi deshonor clara, en una yegua a las diez de vuelta en mi casa estaba; que oí decir a un hidalgo que era bienaventuranza tener en las ocasiones dos yeguas buenas en casa. Hallé mis puertas rompidas y mi mujer destocada, como corderilla simple que está del lobo en las garras. Dio voces, llegué, saqué la misma daga y espada que ceñí para servirte, no para tan triste hazaña; páséle el pecho, y entonces dejó la cordera blanca, porque yo, como pastor, supe del lobo quitarla. Vine a Toledo y hallé que por mi cabeza daban mil escudos, y así quise que mi Casilda me traiga. Hazle esta merced, señor, que es quien agora la gana, porque viuda de mí, no pierda prenda tan alta.

REY: ¿Qué os parece?

REINA: Que he llorado, que es la respuesta que basta para ver que no es delito, sino valor.

REY: ¡Cosa extraña! ¡Que un labrador tan humilde estime tanto su fama! ¡Vive Dios que no es razón matarle! Yo le hago gracia de la vida. Mas ¿qué digo? Esto justicia se llama. Y a un hombre de este valor le quiero en esta jornada por capitán de la gente misma que sacó de Ocaña. Den a su mujer la renta, y cúmplase mi palabra; después de esta ocasión, para la defensa y guarda de su persona, le doy licencia de traer armas defensivas y ofensivas.

PERIBÁÑEZ: Con razón todos te llaman don Enrique el Justiciero.

REINA: A vos, labradora honrada, os mando de mis vestidos cuatro, por que andéis con galas, siendo mujer de soldado.

PERIBÁÑEZ: Senado, con esto acaba la tragicomedia insigne del Comendador de Ocaña.